42

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

ABOGAR CONTRA SI MISMO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1893

ABOGAR CONTRA SÍ MISMO

ABOGAR CONTRA SÍ MISMO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA en la noche del 6 de Febrero de 1893.



MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1893

PERSONAJES		ACTORES
ÁNGELA	SRTA.	GUERRERO (María.)
SERAFINA	»	ALVERÁ (Sofía.)
LUISA	SRA.	RUÍZ (Concha.)
BENITA	SRTA.	CANCIO.
MARTINA	»	NESTOSA (Pepita.)
DON PEDRO	SR.	MARIO (Emilio.)
DON JUAN	»	CEPILLO (Miguel.)
ARTURO	»	GARCÍA ORTEGA.
JAVIER	»	JUAN BALAGUER.
GEDEÓN	»	LUIS ROMEA.

ACTO PRIMERO

Habitación amueblada con mucho lujo. Puertas laterales y en el fondo. Velador á la izquierda en primer término.

ESCENA PRIMERA

DON JUAN, DON PEDRO, LUISA, JAVIER y ARTURO

Javier paseándose y declamando: los demás alrededor del velador tomando café.

JAVIER. (Con mucho calor.)
¡La juventud! ¡Ah, señores!
¿Qué es la juventud? ¡El nervio,
los músculos y la sangre
de familias y de pueblos!
¡Ella realiza lo heróico,
y lo sublime y lo bello;
que ella sola puede hacer
lo que necesita esfuerzo!
¿Qué edad tenía Alejandro
cuando, cruzando desiertos,
salvando mares y montes
al frente de sus guerreros,
fundó en Europa y en Asia
el más dilatado imperio?

¡Veinte años! Después, los años
y los vicios le vencieron.
¿A qué edad el noble César
fué señor del Universo?
Muy joven. Luégo, más tarde,
calvo, cincuentón y enfermo,
le engañaron cuatro pillos,
y se dejó dar por ellos
unas cuantas puñaladas
como cualquier interfecto.
Y era joven y entusiasta
el vencedor en Marengo
y en Leipzig, y le pegaron
en cuanto dejó de serlo.
¡Ah, señores!

JUAN. (Levantándose.) Oye, espera.
Perdóname si te dejo:
con lo que va de discurso
á mí me basta. Hasta luégo.
(Sale por la primera de la derecha.)

JAVIER. ¡Ah, la juventud!

PEDRO. (Interrumpiéndole.) Aguarda.
Yo también por satisfecho
me doy con lo que he escuchado;
pero como aquí me encuentro
muy á mi gusto y sin ganas
de moverme, yo te ruego
que te vayas á otra parte
con el discurso.

JAVIER. ¡Escocieron
mis verdades!

ARTURO. Vámonos.

JAVIER. Sí, vámonos. Charlaremos
los dos de la juventud.

ARTURO. Y del amor.

PEDRO. Buen provecho.
(Salen Javier y Arturo por la segunda de la izquierda.)

ESCENA II

LUISA y DON PEDRO

PEDRO. ¡Pero qué cabeza tiene
este chico, Dios eterno!
Este hijo de mis pecados
nada ha de tratar en serio.

LUISA. La cabeza algo ligera,
pero el corazón muy bueno.
Es el mejor de la casa
mi hermano.

PEDRO. Sí, por supuesto.
¡Qué á gusto me encuentro aquí!
Nada, después de un almuerzo
escogido y de una taza
llena de café muy negro,
nada mejor que un cigarro.
(Encendiendo un puro.)

LUISA. No; después de un buen almuerzo,
un buen libro. (Abriendo un libro.)

PEDRO. No disputo.
Las opiniones respeto.
Cada cual sus aficiones.
Tú haz lo que quieras. Yo enciendo
mi cigarro.

LUISA. Yo abro el libro.

PEDRO. Pues leamos.

LUISA. Y fumemos. (Riendo.)
(Don Pedro fuma: Luisa lee. Pausa.)
¡Muy bonito, muy bonito!
¡Este es un tipo perfecto,
encantador! ¡Pobre chica!
¡Jesús, qué hombre! Ya le tengo
rabia. Pero, ¿qué va á hacer
el pobre? No le acusemos.
(Esta es la vida. En el mundo
siempre un maldito tercero
nos quita las alegrías
y nos arrebata el sueño.)

PEDRO. ¿Qué lees?

LUISA. Una novela.
PEDRO. ¿Interesante?
LUISA. En extremo.
Hay un tipo de mujer
encantador, hechicero.
Está enamorada de uno.
PEDRO. ¡Hola! pues eso no es nuevo.
LUISA. Le adora con toda el alma,
y él no la quiere.
PEDRO. ¡Ah, perverso!
LUISA. Él ni se ha enterado.
PEDRO. ¡Pícaro!
LUISA. Le gusta otra.
PEDRO. Tampoco eso
es nuevo.
LUISA. Mas ella no
le persigue con sus celos,
ni le odia, ni le aborrece,
ni siente mortal despecho;
sufre, se resigna, calla,
sigue amándole en silencio,
procura hacer al ingrato
felíz por todos los medios,
y da su vida por él
cuando es necesario hacerlo.
PEDRO. Muy bonito, no lo niego;
sobre todo para él,
que es el que saca provecho.
Vamos á ver, ¿no es bonito?
LUISA. Nada hay como el sacrificio
en la vida: es lo supremo,
es lo sublime, es lo santo.
Vale poco el cumplimiento
de un deber, porque en la vida,
si el hacer lo que debemos
no nos lastima, el cumplir
un deber no tiene mérito·
y es acto que vale más
pues supone gran esfuerzo,
por la dicha de otro dar
nuestra dicha en el empeño,
¡y hasta la vida! Cumplir

un deber es justo y bueno;
pero siempre el sacrificio
es más grande y es más bello.
PEDRO. Hija, ¡qué filosofía!
Me estás dejando suspenso.
LUISA. Y yo sería capáz...
PEDRO. Eso sí que no lo creo.
LUISA. ¿Que no? ¿por qué?
PEDRO. Tú lo has dicho.
Porque necesita esfuerzo
el sacrificio, y tú eres
dulce y callada, de afectos
profundos, pero tranquilos.
LUISA. ¡Cómo te engañas!
PEDRO. No hablemos
de sacrificios, de luchas,
de penas y sufrimientos.
Al pensar en tí, hija mía,
yo solo alegrías pienso.
(Se levanta y se acerca á Luisa.)
En mis cuadros de colores
alegres, no pongas negro.
Ese libro te impresiona
porque habla á algún sentimiento
de tu corazón, ¿verdad?
¡Cómo hasta el fondo penetro
de tu alma hermosa y allí
con cuánta claridad leo!
Quieres... Porque quieres dudas.
No dudes. Ten fe, no miedo.
Lo que deseas será.
Será porque yo lo quiero.
Y por tí no hay en el mundo
ni sacrificio, ni esfuerzo,
que no llegue á hacer tu padre,
porque aunque diga ese necio,
que es sólo la juventud
capáz de grandes portentos
por una hija á quien adora,
¿qué no puede hacer un viejo?
LUISA. Padre mío de mi vida,
tus palabras son consuelo

para mi alma.

PEDRO. ¿Me he engañado?

LUISA. No te engañas. Dame un beso.

ESCENA III

DICHOS; BENITA, por el fondo.

BENITA. ¿Puedo recoger las tazas?

LUISA. Sí, llévate todo esto.

PEDRO. Adiós, Luisa; voy á ver
qué hace Juan por allá dentro.
(Sale por la primera de la derecha.)

BENITA. ¡Ay! ¡Dios mío!
(Benita va recogiendo el servicio del café.)

LUISA. ¿Qué te pasa
Benita? ¿Por qué ese gesto
de disgusto?

BENITA. Lo de siempre.
No me pasa nada nuevo.

LUISA. El bobo de Gedeón.

BENITA. ¡Ay! Señorita. Reniego
del momento en que la dije:
yo tengo un primo en mi pueblo,
bruto él, mas con buen fondo
y dócil como un borrego.
Tráiganle ustedes á casa,
que aquí le cepillaremos
entre todos. ¡Qué animal!

LUISA. ¿Continúa con el pelo
de la dehesa?

BENITA. Prosigue
tan melón y tan mastuerzo.
Lo peor del caso es,
que al verle, porque no es feo...

LUISA. No.

BENITA. Se me ha recrudecido
el amor que en otro tiempo
le tuve, y estoy por él
perdidita; y el muy memo
no se entera. Sí, me mira

con los ojos muy abiertos,
y no se aparta de mí
y siempre se está riendo,
y da unos ayes terribles
entre suspiro y bostezo,
pero no me habla, y así
la vida nos pasaremos.
Y yo, señorita Luisa,
de rabia, porque le quiero,
de rabia, porque se calla,
de rabia, porque no puedo
arrancarme este cariño,
estoy lo mismo que un perro
hidrófobo; si me hablan,
en vez de contestar, muerdo.

LUISA. ¡Pobre Benita!

BENITA. Este mundo
ha tenido mal arreglo.
Ellos nos siguen, nos hablan
y nos importunan ellos,
y si se cansan se van,
y nosotras no podemos
tomar la palabra un día
para decir: ¡ay! ¡moreno!
¡ay! ¡rubio! ¡castaño mío!
¡Cómo estoy! ¡Cómo me has puesto!

LUISA. ¡Pero, chica!

BENITA. Él se lo pierde.
Su padre de usté, á quien debo
tanto, que fué mi padrino,
mi padre hoy que no le tengo,
para el día de mi boda,
me ofrece medio telego
de dote.

LUISA. ¡Media talega!

BENITA. Ya ve usted, cuanto dinero.

ESCENA IV

DICHAS; GEDEÓN, por el fondo.

LUISA. ¡Aquí tienes á tu primo!
BENITA. ¿A qué vienes?
GEDEON. ¡Yo!... Pues vengo
á recoger esas tazas.
BENITA. No es preciso: yo las llevo.
GEDEON. A ayudarte.
BENITA. No hace falta
que me ayudes, majadero.
(Sale por el fondo Benita con las tazas.)
LUISA. ¡Mal genio gasta la prima!
GEDEON. Siempre ha tenido mal genio.
LUISA. Pero en cambio es muy bonita
GEDEON. Lo es.
LUISA. Y es chiquito el cuerpo.
GEDEON. Lo es.
LUISA. Y la boca fresca.
GEDEON. Lo es.
LUISA. Y los ojos...
GEDEON. Cierto.
Lo son.
LUISA. Que te gusta, vamos,
que te gusta mucho.
GEDEON. Eso.
LUISA. ¿Y así te estás tan callado,
tan impasible, tan fresco?
GEDEON. Yo... Como ella no me dice
nada.
LUISA. Porque no es honesto
en una mujer decir
tamaños atrevimientos.
Los hombres deben tomar
la iniciativa.
GEDEON. Comprendo.
Como no sé dónde está
la iniciativa, no puedo
tomarla.
LUISA. Yo te diré

dónde está.

GEDEON. Bueno es saberlo.

LUISA. Busca ahora mismo á tu prima,
y la dices sin rodeos:
¡me ha dicho la señorita
que te diga que te quiero!

GEDEON. Si es un recado de usted...

LUISA. Una orden mía.

GEDEON. Obedezco.
Diga usted, ¿y eso es tomar
la iniciativa?

LUISA. Sí, eso
es tomar la iniciativa
y la Benita.

GEDEON. Comprendo.
(Sale por el fondo.)

ESCENA V

LUISA

¡Pobre muchacho! ¡Es muy dócil!
Su sencillez interesa.
Y ella también es simpática,
aunque rabiosa y coqueta.
Enojosa situación
la suya; pero no nueva;
de alguna tengo noticias
que sufre dudas y penas
semejantes, que el amor
todas las clases nivela.
¡Le adoro! ¿Me querrá él?
¿Qué es su silencio? ¿Modestia,
timidéz, desconfianza,
turbación ó indiferencia?
¡Horrible duda! ¿Y qué hacer?
Esperar que él se resuelva
y hable. La mujer que es pudor
nunca echa á andar la primera,
va detrás. Jamás pregunta,
responde; la piden, niega;
insisten, cede; suplican,

concede más; con cautela,
muy despacio, poco á poco,
aunque á veces bien quisiera
á la primera pregunta
dar ya todas las respuestas.
¡Oh! qué dichoso aquel día
en que Arturo, con voz trémula,
me diga: prima del alma:
juntas nuestras existencias
hasta hoy han corrido ¿Quieres
que unidas por siempre sean?
¿Quieres ser mi esposa, Luisa?
Mas, ¿qué digo? ¡Tente lengua,
ve también despacio tú,
poco á poco, con prudencia,
y no te hagas ilusiones
por si desengaños llegan!

ESCENA VI

LUISA; JAVIER, por la segunda de la izquierda.

JAVIER. ¿Estás solita? Me alegro.
Tú eres una verdadera
hermana, me quieres mucho
y escucharás con paciencia
mis desvaríos, sandeces,
discursos ó lo que sean.
Mi tío y mi padre me huyen.
Con mi primo no hay manera
de hablar.
LUISA. Pues qué, ¿no te atiende?
JAVIER. Ni te escucha ni contesta,
ni sabes lo que le dices;
y por otros mundos vuela
su imaginación.
LUISA. ¿Qué mundos?
JAVIER. El mundo de las quimeras,
de las dulces esperanzas,
el mundo donde se sueña.
¿Pero tú no te has fijado

en su cara, alegre, fresca
ayer; hoy triste, amarilla,
mustia, color de hoja seca?
¿No ves que no abre su boca
cuando se sienta á la mesa?
A los veinte ó veinticinco
se devora... Quien no almuerza
á los veinte años, es que ama
y con ilusiones cena.

LUISA. ¿Está enamorado?

JAVIER. Sí.

LUISA. ¿Y conoces tú la dueña
de su corazón?

JAVIER. ¿Quién? ¿Yo?
¡Ya lo creo! ¡Y muy de cerca!

LUISA. (¡Oh, qué esperanza, Dios mío!)
Está triste, porque ella
no corresponde á su amor
indiferente ó coqueta.

JAVIER. ¡Angela le adora!

LUISA. (¡Angela!
¡Es otra! ¡Qué pronto llega
el desengaño!)

JAVIER. ¡Está triste
con motivo!...

LUISA. ¿Sí?

JAVIER. Le asedian
presentimientos, temores,
desconfianzas y tristezas.

LUISA. Cuando tal amor le inspira...
¡Será muy buena!

JAVIER. Perfecta.

LUISA. ¿Y bonita?

JAVIER. Como un sol
y veinte años.

LUISA. ¡La edad nuestra!
¿Morena?

JAVIER. Negro el cabello,
la frente blanca y estrecha,
los ojos grandes y obscuros.
Cuando los abre te quemas,
y la pides que los cierre,

y en el punto en que los cierra
la suplicas que los abra,
porque en la sombra te quedas;
pero cuando los entorna,
y sobre sus rayos echa
de sus esp sas pestañas
los cortinajes de seda,
es crepúsculo divino,
la dulce luz intermedia
entre el día que se va
y la noche que se acerca.
Un entrecejo ligero,
una nariz aguileña,
una boca un poco grande
dejando ver entreabierta
de aljófares apretados
y menudos dos hileras,
cerca del cuello un lunar,
en la mejilla derecha
un hoyo de inmensa gracia,
otro igual sobre la izquierda,
y otro chiquito en la barba.
¡Ay del que en los tres tropieza!

Luisa. ¡Qué descripción de su rostro
tan detallada y completa!

Javier. Como aquel que sobre el mapa
se calienta la cabeza
y aprende nombres de ríos,
de pueblos y cordilleras,
así sé yo de su rostro
las líneas curvas y rectas,
y la más pequeña mancha,
y la más ligera peca,
y los caprichosos giros,
y recodos y revueltas
de los cruzados arroyos
de sus azuladas venas
que bajo la blanca piel
corriendo se transparentan.

Luisa. Pero oye, ¿cuál de los dos
está enamorado de esa
maravilla?

JAVIER. ¿Cuál? ¡Los dos!
¿No lo has comprendido, necia?
Él la quiere como un loco,
yo lo mismo que una fiera.
¡Si vieras tú lo que sufro!
Soy su amigo, voy á verla,
y salgo y entro en la casa;
pero echo un nudo á mi lengua
y le pongo al corazón
una camisa de fuerza,
y ninguno ha conocido
mi pasión hasta la fecha.
Al corazón lo comparo
con una fruta cualquiera:
en los unos verde y agria,
en otros madura y tierna,
en muchos pasada, sana
del todo nadie la lleva.
¡Detrás, donde no se ve,
la más sana, la más fresca,
oculta un puntito negro,
principio de la gangrena,
donde viven las pasiones,
los vicios y las miserias!
Yo soy bueno: yo la quiero
y callo, y á mí me cuenta
sus alegrías, y río,
y comparto sus tristezas,
y soy confidente, amigo,
protector, y etcetra, etcetra.
Pero á veces me acometen
tristes y negras ideas,
siento angustias indecibles,
desesperación inmensa,
ansia de que ella le olvide,
deseos de que él se muera.
¿Qué es esto? ¡El puntito negro
principio de la gangrena!
No divulgues mi secreto,
y mis pesares reserva.
¿Sabes dónde voy ahora?
Escucha. ¡Humana flaqueza!

¡Ahora que no sale él,
á casa de ella! A dar vueltas
por la manzana, á asomar
la cabeza por la puerta
un momento, y á ir mandando
suspiros por la escalera.
No me delates. ¡Adiós!
Voy corriendo. ¿Podré verla?
¡No quieras como yo quiero,
ó si quieres, que te quieran!
(Sale por el fondo.)

ESCENA VII

LUISA

¡En mí no piensa: á una hermosa
el alma de dar acaba!
¡Y mi padre me juraba
que iba yo á ser muy dichosa!
¿Por qué tanto amor pagar
con inhumano desvío?
¡Vienen mi padre y mi tío!
¡Que no me vean llorar!
(Sale por la primera de la izquierda.)

ESCENA VIII

DON JUAN y DON PEDRO, por la primera de la derecha.

PEDRO. Sí, hermano, sí, francamente,
me preocupa mi Javier
y su manera de sér
arrebatada, vehemente.
No cierra nunca su boca,
en la vida está parado,
y trabaja demasiado
aquella cabeza loca.
JUAN. Calumnias á mi sobrino.
¡Qué humor! ¡La misma alegría!

PEDRO. Como se enamore un dia
va á hac r algún desatino.

JUAN. Eso, no digo que no;
pero estara en su derecho.
Locuras tú las has hecho,
y también las hice yo.
Es joven. Lo da de sí
la edad. ¿Quién, dí, no ha pecado?
Y lo que es á enamorado
no puede ganarte á ti.

PEDRO. ¡Sí, pues tú puedes hablar!
No habrá mucha diferencia.
Has pasado tu existencia
entre querer y olvidar.
Buenas las hiciste un día.

JUAN. Mira, Pedro, no me pesa.

PEDRO. Siempre tras una duquesa.

JUAN. ¡Era mi eterna manía!

PEDRO. ¡Qué romanticismo aquel!
¡Qué estúpido de chiquillo!
¡Una princesa, un castillo,
un lago, la luna, él!

JUAN. Prueba eso imaginación,
y el buen gusto que he tenido
En cambio, Pedro, tú has sido
muy pedestre y muy ramplón.
Con tus pasiones vulgares
la vida me consumías.

PEDRO. Eran las delicias mías
los amores populares,
y persiguiendo chiquillas
preciosas, cansé los piés
recorriendo el Avapiés
y el barrio de Maravillas
Me inspiró un amor violento
la chica de una portera,
y una linda castañera
me dió cast ñas á ciento;
y pasé felices horas
galanteando coristas,
chalequeras y modistas,
sastras y ribeteadoras.

Pero mi pasión más cierta,
aún la risa me retoza,
fué, ¿quién dirás? una moza
de cántaro, la Ruperta.
Por mucho y bien que te hable
no te describo aquel cielo.
¡Vaya una mata de pelo
buena para hacer un cable!
El pié grande, media vara,
los labios frescos y rojos,
lanzando chispas los ojos
y echando fuego la cara.
Formas para dos ó tres.
¡Qué cuerpo de criatura!
¡Qué estrecho por la cintura!
¡Qué levantado después!
Yo iba á su lado cual fragua
abrasado y encendido.
¡Qué de veces hemos ido
y hemos venido por agua!
Sus manazas en las mías,
y ella reir y yo hablar,
y se tardaba en llenar
el cántaro cuatro días.
Aunque me vió tan rendido
me dejó por un soldado.
¡Con el tiempo que ha pasado
olvidarla no he podido,
y aún hoy me paro sonriente,
si alguna pasa ligera,
empinando la cadera
con el cántaro á la fuente!

JUAN. Yo de mejor gusto fuí,
no como tú, vulgarón.

PEDRO. Pues, Juan, en una ocasión
fuimos rivales.

JUAN. ¡Ah! sí.

PEDRO. Bien sabes por quién lo digo.

JUAN. Era una mujer divina
Serafina.

PEDRO. Serafina
jugó contigo.

JUAN. Y contigo.
PEDRO. ¡Qué dorada cabellera!
JUAN. De ángel.
PEDRO. ¡Qué tez nacarada!
JUAN. ¡De ángel!
PEDRO. ¡Qué dulce mirada!
JUAN. ¡De ángel!
PEDRO. ¡Y qué mala era!
JUAN. Pensé en dichosos instantes
que me amaba.
PEDRO. ¡Pobrecito!
Fuimos dos del infinito
número de sus amantes.
JUAN. ¿No te acuerdas qué afición
á hacer frases, á cuidar
los párrafos, á buscar
palabras de relumbrón?
Siempre fina pretenciosa,
y demostrando saber.
PEDRO. ¡Y qué afán de aparecer
arreglada y hacendosa!
JUAN Siempre sentada al balcón,
en mil colores bordando
una colcha, y suspirando.
PEDRO. La colcha, mi admiración
era... ¡trabajo exquisito!
JUAN. Cuántas veces me decía:
¡esta colcha es para el día
que nos casemos, hijito!
PEDRO. ¡Qué gran fleco color grana,
y qué cenefa divina!
Era colcha, era cortina
y era manta jerezana.
JUAN. Un día dudas abrigo,
á su casa corro y entro
sin anunciarme, y me encuentro
que me he encontrado contigo.
Serafina hace que llora,
gritamos: ¡por siempre adiós!
PEDRO. Y dejamos de ser dos
tontos á la misma hora.
JUAN. ¿Se habrá muerto?

PEDRO. Puede ser.
Ó tal vez se habrá casado.
JUAN. Quién sabe.
PEDRO. Y habrá estrenado
la colcha.
JUAN. ¡Pobre mujer!
PEDRO. Éramos dos criaturas
inocentes en verdad.
JUAN. Dos chiquillos.
A esa edad,
¿quién no comete locuras?
PEDRO. ¡Quién! Uno conozco yo.
¡Juicioso, serio, prudente!
JUAN. Mi hijo. Muchacho excelente.
¡Nunca un disgusto me dió!
PEDRO. No hay otro.
JUAN. Esa es la verdad.
Pero hay otra.
PEDRO. No lo niego.
¡Mi hija; la que adoro ciego!
JUAN. ¡Qué juicio, qué seriedad!
Y está guapa.
PEDRO. Para mí
un sol. Y el chico ha crecido.
JUAN. Ya está hecho un hombre.
PEDRO. Han nacido
una para el otro.
JUAN. Sí.
Ese proyecto he formado.
PEDRO. Pues por mí no ha de quedar.
¡Siempre que empiezo á soñar
ese es mi sueño dorado!
Y á Luisa, ó yo me equivoco
mucho, ó propicia la veo.
JUAN. Pues, ó me ciega el deseo,
ó al chico la gusta un poco.
PEDRO Pero al verla tan callada,
milagro en una mujer,
he llegado á comprender
que Arturo no ha dicho nada.
JUAN. Y yo al verle suspirar
y con el rostro afligido,

también, Pedro, he comprendido
que no se decide á hablar.

PEDRO. Habrá que dar solución
á este problema imponente.

JUAN. Sí, los dos tranquilamente
arreglamos la cuestión.
Por el hijo habla el papá.
Si él se calla, yo me explico.
En cuanto venga ese chico...

PEDRO. Aquí le tenemos ya.

ESCENA IX

DICHOS; ARTURO, por la segunda de la izquierda.

PEDRO. Has llegado á tiempo.

ARTURO. ¿Sí?
Me alegro.

JUAN. Oportunamente.

PEDRO. Estábamos cabalmente
hablando los dos de tí.

ARTURO. De mí.

PEDRO. Me esforzaba en vano
por alegrar esa cara.
Mal porvenir se prepara,
me decía, pobre hermano.
Pronto á Arturo hemos de ver
hecho un ingeniero ya,
y un día se casará,
y se irá con su mujer.
Y de algún mozo atrevido
tu hermosa Luisa prendada
te dirá que está obligada
á seguir á su marido.
Se irán cerca ó se irán lejos,
con Javier no hay que contar;
y nos vamos á quedar
muy solos y ya muy viejos.

JUAN. Es verdad; pero no dices
que yo he llegado á añadir:
hay un modo de vivir
los cuatro juntos, felices.

ARTURO. ¿Uno? (No sé qué me pasa.) (Muy turbado.)
JUAN. Y en él ambos coincidimos.
Casamos á los dos primos
y todo se queda en casa.
PEDRO. ¡Y yo lloré de placer
cuando la mano pedía
de Luisa!
ARTURO. (No preveía
esto yo. ¿Qué puedo hacer?
JUAN. Conque cuestión arreglada
ya por parte de nosotros.
Falta que tú... que vosotros...
¿Pero tú no dices nada?
PEDRO. (¡No parece tener prisa!
Aún permanece callado.)
ARTURO. (Tartamudeando.)
Yo felíz.. yo muy honrado...
mas Luisa .. ¡No querrá Luisa!
PEDRO. Pronto lo vas á saber.
¡Luisa! ¡Luisa!
LUISA. ¡Voy, papá!
JUAN. (Esto está arreglado ya.)
PEDRO. (¡Tenía que suceder!)

ESCENA X

DICHOS; LUISA, por la primera de la izquierda.

LUISA. Aquí estoy.
PEDRO. (¡Qué moza es,
Juan!)
JUAN. (¿A quién no le interesa?)
PEDRO. Voy á darte una sorpresa.
LUISA. ¿A mí?
PEDRO. ¡Que vale por tres!
Te admirarás, de seguro.
LUISA. ¿Qué es ello? ¿Qué ha sucedido?
PEDRO. Hoy tu mano me han pedido!
LUISA. ¿Mi mano?
JUAN. Yo .. para Arturo.
Hecha está la petición.

LUISA. ¿Y Arturo?
JUAN. Dice que sí,
pero se somete á tí
en todo, como es razón.
PEDRO. Conque, ¿qué contestaré
á petición tan honrosa?
LUISA. Que sería muy dichosa
y muy felíz, pero...
PEDRO. ¿Qué?
Tal reticencia, ¡hija mía!
JUAN. ¿Qué nos quieres indicar?
LUISA. Que yo no puedo aceptar.
PEDRO. ¿No puedes?
LUISA. No.
ARTURO. (¡Qué alegría!)
LUISA. No, jamás la hará dichoso
boda sin inclinación.
Es de otra su corazón,
y no puede ser mi esposo.
Si yo llegara á aceptar,
como es bueno y obediente,
quizás bajara la frente;
pero vendría al altar
como quien marcha al suplicio,
cual víctima que inmolamos,
y las mujeres buscamos
amor, y no sacrificio.
No le hostiguéis sin razón:
no insistáis en la demanda:
pensad que ninguno manda
dentro de su corazón.
Accede á su ruego, tío,
el que más queremos es.
¡Hagamos entre los tres
su ventura, padre mío!
(Salen por la primera de la izquierda.)

ESCENA XI

DON JUAN, DON PEDRO y ARTURO

PEDRO. (¡Pobre Luisa!)
JUAN. (Bien habló.)

PEDRO. (Estoy seguro. Ha llorado.)
JUAN. ¿Es verdad lo que ha contado
tu prima?
ARTURO. No os engañó.
JUAN. Pues habla ya.
PEDRO. ¡Estamos buenos!
JUAN. La verdad vas á decir.
ARTURO. Yo no acostumbro á mentir,
y á mi padre mucho menos.
¡Empecé queriendo, y ya
adoro... idolatro!
JUAN ¡Hombre!
ARTURO. Ángela tiene por nombre
y es un ángel.
PEDRO. Sí será.
ARTURO. Del alma hasta aquí dormida
es este el primer cariño.
El que principia de niño,
el que acaba con la vida,
el que crece y crece tanto,
que ningún poder le ataja,
el que de los cielos baja,
el más puro y el más santo,
el mejor entre los buenos,
el que se siente una vez.
PEDRO. Así he querido yo diez
ó doce veces lo menos.
JUAN. ¿En dónde la has conocido?
PEDRO. ¿En el teatro quizás?
ARTURO. No van al teatro jamás;
en la iglesia.
JUAN. ¿Cuándo ha sido?
ARTURO. Hace un año. Para mí
fecha feliz: créeme.
En las Salesas entré
y oyendo misa la ví.
Nada en ella extraordinario;
sencilla, humilde y bonita,
el hábito carmelita,
un velo, un devocionario.
Yo estaba un poco detrás,
volvió la vista hacia allí,

ya no la apartó de mí,
ni yo de ella: nada más.
Nos unimos ante Dios
en el instante primero.

PEDRO. Chico, chico, ¡qué reguero
de pólvora sois los dos!

JUAN. ¿Pero ya la tratas?

ARTURO. Sí.
Me costó larga porfía
con la madre, que tenía
prevenciones contra mí.
Yo insistí, tuve tesón
y al fin en la casa entro;
pero siempre en ella encuentro
un poco de oposición.
Siempre frías sus maneras.
No me acaba de querer.
La madre es una mujer
de costumbres muy severas.

JUAN. ¿Y ella es de rostro agraciado?

ARTURO. Su pintura no he de hacer.
¡Te podría parecer
locura de enamorado!
Juzga de su perfección
tú solo. Va en mi cartera.
Te dirá si es hechicera
este retrato miñón.

JUAN. Toma ¿A ver?

PEDRO. (Examinando el retrato.)
¿Qué tal? Es mucha
cabeza.

JUAN. Sí.

ARTURO. ¡Ya lo creo!

JUAN. ¿La ves, Pedro?

PEDRO. Ya la veo.

JUAN. Es bonita.

PEDRO Delgaducha.

ARTURO. Un poco delgada está,
pero la sienta muy bien.

JUAN. ¿Ese es de Angela también?

ARTURO. Este es de la madre.

JUAN. Ya.

ARTURO. ¡Qué cabeza respetable,
y qué mirada! Se ve
lo que esta señora fué;
una mujer adorable,
encantadora, divina.
Mírala. Fíjate, tío. (Le da el retrato.)

JUAN. ¿A ver?... (¡Qué miro!)

PEDRO. (¡Dios mío!)

JUAN. ¡Serafina! (Bajo á Pedro.)

PEDRO. (A Juan.) ¡Es Serafina!
¡Esa mirada glacial,
esos ojos entornados!

ARTURO. (Están bien impresionados.
¡Creo que no vamos mal!)

PEDRO. (¡Serafina! ¡Qué imprudencia!)

JUAN. (Calla, Pedro.) (Bajo.)
(Alto.) Toma, Arturo.

PEDRO. (¡Es ella! Yo la aseguro.) (Bajo á Juan.)

JUAN. (¡Calla!) (Obremos con prudencia.)
(Pausa breve.)
¿Tú te has enterado ya?
¿tú que piensas, tú que ves
si es buena familia, si es
correcta?...

ARTURO. Pues claro está.
Familia que antes brillaba,
pero ha sufrido reveses.

JUAN. ¿Conque están mal de intereses?

ARTURO. Muy mal.

PEDRO. Me lo figuraba.

ARTURO. Son modestas y sencillas;
saben callar y sufrir.
Trabajan para vivir.
No lo ocultan. ¡Pobrecillas!
Y ganan el corazón
más seco, el alma más dura
su paciencia, su dulzura,
su santa resignación.
Ni quejarse, ni acusar
al destino, ni de ayer
acordarse. Para ver
lo que valen, hay que entrar

en su casa, que es la mía.
¡Allí se ve la pobreza;
más que aseo, qué limpieza,
qué orden y qué economía!
Dulces y santas mujeres,
dignas de otro porvenir.
De día no suelo ir,
pues respeto sus quehaceres.
Voy de noche.—Alguna flor
acepta—de valor, nada,
y alegran nuestra velada
la música y el amor.
A las diez se cierra el piano,
y loco salgo de allí.

PEDRO. ¿A las diez en punto?

ARTURO. Sí.
Se levantan tan temprano...

JUAN. En resumen: tú estás loco
de amor, y en tu desvarío
no piensas; mas yo, hijo mío,
tengo que pensarlo un poco.
No son buenas las primeras
impresiones. Yo he de ver...
Desearía conocer
á esa Angela.

ARTURO. Cuando quieras.

JUAN. Ver quiero á esa señorita
que tantas penas te cuesta,
y esa casa tan modesta.
Anúncialas mi visita.

ARTURO. ¡Padre, accede á mi demanda!
La dicha me puedes dar.

JUAN. ¿En qué puedo yo pensar
más que en tu dicha? Anda, anda.
(Sale Arturo por el fondo.)

ESCENA XII

DON JUAN y DON PEDRO

JUAN. Tiene una hija esa mujer,
como ella, sensible y bella.
PEDRO. ¡Y no cabe duda, es ella!
JUAN. ¿Qué duda puede caber?
PEDRO. Mucho, mucho, no ha cambiado,
aunque está vieja la indina.
JUAN. ¡Y es la hija de Serafina
la que quiere el desdichado!
¡Ella, la que ama de veras,
pero con todo su sér!
PEDRO. ¡Serafina, una mujer
de costumbres muy severas!
JUAN. ¡Son buenas! ¡Pobres están!
¿Qué es esto? ¡Cómo ha cambiado!
PEDRO. Eso es que le han engañado
á ese pobre chico Juan;
que las dos, con mucha gracia,
se burlan del mozalbete
representando el sainete
de la virtud en desgracia.
Todo bien claro se explica
en cuanto se piensa un poco.
Al chico le han vuelto loco,
le quiere unir á la chica,
con tu dinero, ganado
con mil fatigas, lucir,
y con tu nombre encubrir
un vergonzoso pasado.
JUAN. Lo que es eso, lo veremos.
Podrá luchar, pero en vano.
Le salvaremos, hermano.
PEDRO. ¡Vaya si le salvaremos!
JUAN. Podrá, sí, jugar con otros;
mas conmigo, aquí la espero.
PEDRO. Ella sabe mucho, pero
más pillos somos nosotros.
Tú eres listo; sin embargo,

naciste bonachón, Juan;
pero á mí no me la dan,
porque yo nací más largo.
Tengo un plan, tengo una idea.
Que me atiendas te suplico.
Tú vas á la hora que el chico
te lleve á la casa. Sea.
Yo después. Yo voy también
para ver á esa señora;
pero yo voy á otra hora,
la buena. Fíjate bien.
Le despide á las diez. Sí.
Yo después de las diez voy.
Es la hora del lío. Estoy
seguro ¡Dár ne a á mí!

JUAN. ¿Quién le va a desengañar
á mi Arturo?

PEDRO. Eso lo tomo
yo á mi cargo.

JUAN. Pero, ¿cómo
le habrán podido engañar?

PEDRO. A los veinte años, ¿á quién
no le ciega y no le atrapa
una como esa, y si es guapa
á los cuarenta también?
¡Digo! Y yo más lejos voy.
A los cincuenta... en el día...
Yo casi me alegraría
de que me engañasen hoy.

JUAN. No seas inoportuno,
Pedro, y déjate de bromas.

PEDRO. Vamos, tú en serio lo tomas.
No seas niño; daño alguno
para Arturo no hay en esto,
ni por ello sufrirá.
Lo tienes salvado ya.
Yo tengo mi plan dispuesto.
Esa gente no se trae
nada, ni él se perjudica.
Le tiendo un lazo á la chica
y en la ratonera cae.
En vez de un ángel alado

encuentra una cortesana,
y al cabo de una semana
está el chiquillo curado.
Un desengaño cruel
tras un juvenil ardor.
¡El sarampión del amor!
¡Todos pasamos por él!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Habitación muy modesta. Puerta en el fondo: puertas á derecha é izquierda: balcón á la izquierda, en primer término: una mesita con un jarrón: la jaula de un canario cerca del balcón: tiestos chiquitos con flores: un piano en el fondo, á la derecha de la puerta: cortinas sencillas y bonitas.

ESCENA PRIMERA

ÁNGELA y SERAFINA

Cosen sentadas á derecha é izquierda de la mesa. Es de noche: quinqué encendido.

ANGELA. Mamá, ya me voy cansando.
SERAF. Ánimos, ya poco falta.
ANGELA. Deja que respire un poco.
Llevo dos horas sentada.
SERAF. Acabaré de poner
las anillas: tú descansa.
(Serafina sigue cosiendo la cortina.)
ANGELA. (Levantándose y paseando.)
No es posible estar tranquila,
inmóvil, seria, callada,
á los veinte años, mamá.
La sangre se enciende y salta,

y las piernas se impacientan
y la lengua no se calla,
y si el cuerpo sufre atado
á la silla condenada,
la cabeza no está quieta,
la imaginación se escapa,
va á visitar otros mundos,
salva todas las distancias,
va y viene, y tan pronto está
en ayer como en mañana.
¡Qué felicidad moverse,
saltar, charlar!

SERAF. ¡Qué muchacha!

ANGELA. ¿Toco el piano?

SERAF. Sí, hija mía.

ANGELA. ¿Qué toco? (Se sienta al piano.)
(Se levanta.) No toco nada.
Para tocar es preciso
sentarse. Si se tocara
el piano andando de prisa
como tocan las charangas
de los batallones, bueno.
Hoy estoy desatinada.
¡Van á venir! Esta es noche
de alegrias.

SERAF. (Ó de lágrimas.)

ANGELA. ¿No es verdad que mi casita
no está mal? No está alhajada
con lujo, no; porque aquí
no vive un grande de España.
Se ve aquí poco dinero.
En cambio salta á la cara
el arreglo, la limpieza;
y mi canario en su jaula,
ese piano reluciente,
y mis flores y mis plantas,
impresionan bien. Son cosas
artísticas delicadas,
que de una mujer revelan
la presencia en una casa
en donde no hay más que hombres,
mamá...

SERAF. Sí, no hay más que manchas,
y desbarajuste y puntas
de cigarro.

ANGELA. La esperanza
me hace felíz. A ese padre
le conquisto en dos palabras.
¿A que esta casa le gusta?
¿A que la madre le agrada?
¡Con el pelo blanco tienes
una cara tan simpática!...
Cara de buena.

SERAF. ¡Por Dios,
Ángela!

ANGELA. ¡Bah! Ya se enfada
y se entristece. ¡Las dos,
¡qué opuestas! Yo siempre en Pascua
y tú en día de Difuntos.
(Se sienta á su lado y la coge las manos.)
Con mis bromas y mis chanzas
en vez de animarte un poco
te fastidio. No se aparta
el recuerdo de mi padre
ni un momento de tu alma.
Aunque era muy niña yo
tampoco olvidé su cara.
Aquellos ojos de fuego,
la dentadura tan blanca,
la larga barba corrida
y aquel cuerpo de alta talla,
hecho para el uniforme
que como nadie llevaba.
Y entre todos mis recuerdos
vive el de aquella mañana
en que vino á despedirse
para el Norte. Yo, sentada
en su rodilla, tú al lado;
tú llorabas, yo lloraba,
jugando con los botones
dorados de su casaca;
y él silencioso y sombrío
á las dos nos abrazaba.
¡Salimos hasta la puerta,

le besaste en la antesala,
y él muy quedo y al oído
te dijo: no temas nada,
diga el mundo lo que quiera
al volver, por nuestra Angela!
Nunca he podido explicarme
estas promesas extrañas..

SERAF No hablaría así. Los niños
no comprenden bien y cambian
el sentido.

ANGELA. Juraría
que esas fueron sus palabras.

SERAF. ¡Las últimas!

ANGELA. No estés triste.
Esa cabeza levanta.
¡Toma un beso y dos! A ver
si mis besos te contagian
mi alegría. ¡Ya sonríes!

SERAF. ¡Ángel mío!

ANGELA. Muchas gracias.
¡Ángel yo! ¿Ya está concluída
la cortina?

SERAF. Ya está. Llama
á Martina.

ANGELA. ¡Ven, Martina!

MART. ¡Señora!

SERAF. Nos haces falta.

ESCENA II

DICHAS; MARTINA, por el fondo.

ANGELA. Ayúdanos á poner
esta cortina.
(Violento campanillazo dentro.)

MART. ¡Caramba!
¡Qué campanillazo! Ese es
Torbellino.

SERAF. ¡Cómo!

MART. (¡Vaya!
¡Se me escapó!)

SERAF. ¡Pues me gusta!

MART. Dispense usted. Como en casa

todos le llaman así.
La costumbre.
SERAF. Bueno, basta.
Anda á abrir al señorito
Javier.
(Sale Martina.)
ANGELA. ¿A que la regañas?
Repréndeme á mí, que yo
soy la autora de la gracia.
¡Torbellino! ¡Ya se acerca!
¡Ya viene! ¿Quién nos ampara?

ESCENA III

DICHAS y JAVIER

JAVIER. Buenas noches... Aquí estoy.
ANGELA. Javier.
JAVIER. ¡Prendas de mi alma!
Aquí estoy de mensajero
de amor y de iris de calma,
y de paz y de correo
de venturas y esperanzas.
¡Cómo se la transfigura
el rostro con mis palabras!
¡La más graciosa sonrisa
sus rojos labios separa
y la relucen los ojos
como si fueran dos áscuas,
y con ser cien veces bella
parece mil veces guapa!
¡Qué es esto! ¿Preparativos?
¿La cortina? Ya acaba la.
¿Hay que ponerla? Yo mismo
me encargo de colocarla.
Vendrán muy pronto.
(Desde el fondo) ¡Martina!
Preséntate acompañada
de la escalera.
ANGELA. ¿Podemos
ya hablar nosotras?

JAVIER. ¡Hoy no habla
aquí nadie! ¡Traigo cuerda
para dos ó tres semanas!
SERAF. ¡Ay! ¡qué cabeza de chico!
JAVIER. ¡Ay! ¡qué cabeza de anciana
respetable y majestuosa
con esa corona blanca!

ESCENA IV

DICHOS; MARTINA, por el fondo con una escalera.

MART. La escalera.
JAVIER. ¡Pronto, arriba!
(Colocan la escalera junto al balcón: sube Javier y lo sostienen Angela y Martina.)
Sostenedme, no me cáiga
y me malogre.
ANGELA. ¡Allá va
la cortina!
JAVIER. ¡Qué pesada!
ANGELA. ¡Qué fuerza de hombre!
JAVIER. Yo tengo
(Empezando á colocar la cortina.)
la fortaleza en el alma.
Esto no es una escalera.
MART. ¿Pues qué es esto?
JAVIER. Esta es la escala
de Jacob, pues si no es ángel
el que sube y el que baja,
¡ángeles y serafines
la sostienen y la guardan!
SERAF. Vamos, hombre, á colocar
esa cortina.
ANGELA. ¡Ay, qué charla!
MART. Sí, sí; á lo que estamos.
JAVIER. Voy...
(Suelta la cortina y baja rápidamente.)
¡Ah! ¡Traigo noticias gratas,
tengo detalles preciosos!
¡Y aún no he contado!
SERAF. ¿Qué pasa?

JAVIER. ¡Un momento! (Las lleva al proscenio.)
Sal, Martina,
que son cosas reservadas.
Aún no he contado la escena.
(Martina sale por el fondo.)

ANGELA. ¿Qué escena?

JAVIER. La escena magna,
la decisiva entre el padre
y el hijo, el clavo del drama,
es decir, de la comedia,
porque esto en boda se acaba.

SERAF. Me interesa mucho.

JAVIER. Arturo
penetra con cierta escama
natural en el despacho
paterno. ¡Ah! me olvidaba
decirlas, y es conveniente
que no ignoren de esta trama
todos los hilos, que yo
tengo una preciosa hermana
destinada á ser esposa
de Arturo; porque el que manda,
manda, y porque los primos
generalmente se casan;
pero estos primos son primos
que no están por la casaca,
porque dicen, con razón,
que con serlo una vez basta;
de aquí que los dos á un tiempo
hayan dicho que *nequaquam*.
Pues sabido esto... ¿En qué estábamos?

ANGELA. Estábamos en la entrada
de Arturo.

JAVIER. Penetró Arturo
con gran valor en la estancia,
y se encontró á sus dos padres
que reían y fumaban.

ANGELA. ¿Pero Arturo tiene dos
padres?

SERAF. ¿Dos padres?

JAVIER. ¡Vaya!
El suyo y el mío, y yo

otros dos que me idolatran,
el mío y el suyo. Allí
hay tres primos, una hermana,
cuatro padres, cinco hermanos,
dos tíos, ¡y todos se aman
y se miman!

ANGELA. Penetró
con gran valor en la estancia
paterna.

JAVIER. ¡Ah, sí! Penetró,
y sin andar por las ramas
habló de su ardiente amor,
y el objeto de sus ánsias
con palabras elocuentes
pinta, describe y retrata.
¡Gran sorpresa! Él se aprovecha
de la situación y saca
la vera efigie... á los dos
se les caen las antiparras
de la emoción, y se miran
diciéndose en las miradas.
¡Qué hija se nos va á meter
por las puertas de la casa!
Cobra Arturo nuevos bríos
y les da el golpe de gracia,
presentando de la madre
el retrato. Los dos callan
atónitos, y por poco
vienen al suelo de espaldas
asombrados, y se dicen,
sin decirse una palabra:
¡qué madre se nos va á entrar
por las puertas de la casa!
Frunce papá el entrecejo;
pero mi tío se ablanda,
y dice: vamos allá:
quiero verla: quiero hablarla.
Y cuando mi tío vea
este conjunto de gracias,
este ramo de azucenas,
de nardos y rosas blancas,
este tesoro de perlas,

de rubíes y esmeraldas...
SERAF. ¿Y qué más? ¿No pasó más?
JAVIER. ¿En qué estabamos?
SERAF. Contaba...
ANGELA. Pues estábamos colgando
una cortina.
JAVIER. ¡A colgarla!
¡Martina!. .
SERAF. Ahora, á no hablar,
porque el que habla no trabaja.
(Entra Martina. Se sube Javier á la escalera.)
JAVIER. (Colgando la cortina.)
Esto es cosa de un momento.
¿No ve usted? Como esta barra
atraviesa estas anillas,
la flecha de amor traspasa
los corazones. ¿Qué tal?
¡Qué imaginación volcánica!
¡Qué cabeza!
ANGELA. ¡Pobrecita!
¡Los tornillos que le faltan!
JAVIER. ¡Ah! ¡si aún tengo que decirlas!
¡Un momento! (Baja rápidamente.)
Sal, muchacha.
MART. Me llevaré la escalera.
(Sale Martina con la escalera por el fondo.)
SERAF. ¿Qué es ello?
ANGELA. ¿De qué se trata?
JAVIER. Pues tenía que decirlas,
en secreto y en confianza ..
(Llevándolas al proscenio.)
LAS DOS. ¿Qué?
JAVIER. ¡Que yo las quiero mucho!
ANGELA. (¡Pobre chico!)
SERAF. (¡Un alma cándida!)
ANGELA. ¡Ay, mamá, si esa cortina
está muy mal! ¡si la faltan
cuatro dedos!
JAVIER. Ya no hay tiempo.
Es de noche. ¡Quién repara!
Van á venir. Dentro.. ¡Pronto!
Hay que cumplir mi programa.

Yo quiero golpes de efecto.
Yo los recibo. Sale Angela
en seguida, y luégo usted.
Cuadro final.

ANGELA. Vamos, anda.
Sabes que es muy peligroso
contrariarlos.

SERAF. Mal le tratas.
Nos quiere, y es un buen chico.

ANGELA. ¡Si á mí me hace mucha gracia!
(Salen por la izquierda.)

ESCENA V

JAVIER

¡Que la hago gracia, Dios mío!
¡Ah! ¡si por fin esa ingrata
á mí volviera sus ojos
que en la luz del sol se bañan!
¡Serafina nuestra madre,
ella mi esposa adorada,
y esta casa nuestro nido,
alegre con la algazara
de esa turba de angelitos
que acortan las horas largas
y que velan nuestro sueño
abriendo las blancas alas!
¡Y Arturo lejos de aquí,
en donde no me robara
traidoramente un cariño
que merece mi constancia!
Pero, ¿qué es esto? ¡Yo celos,
yo maldiciones, yo rabias,
yo cóleras, yo despechos!
¡Ah, corazón! ¡Ah, canalla!
¡Ah, infame! ¡Tú dando oídos
á las pasiones bastardas,
dejando que el punto negro
se coma la parte sana!
¡Yo soy su hermano, y los quiero,

y los caso y tú te callas
y no te vienes con sones
ni te subes á las barbas!
Si tú sufres, buen provecho;
y si te duele, te aguantas.
No me golpees el pecho
de los celos con la maza.
Ni empujes hasta mis ojos
de tus dolores las lágrimas,
porque yo las vuelvo adentro
otra vez y te las tragas.
¿Somos los dos caballeros?
¡Pues con la frente muy alta
muramos por nuestra fe,
nuestro honor y nuestra dama!

ESCENA VI

JAVIER; DON JUAN y ARTURO, por el fondo.

JAVIER. ¡Ellos!... Por aquí... Adelante.
JUAN. Buenas noches, tarambana.
JAVIER. Aquí estoy de introductor
de embajadores.
ARTURO. Descansa,
siéntate.
JUAN. No estoy cansado.
JAVIER. Una silla.
JUAN. Muchas gracias.
ARTURO. Al fin en su casa estás.
Esta es la humilde morada
donde resignadas viven
la hermosura y la desgracia.
JUAN. Vaya por Dios, y que Dios
las mande lo que las falta.
JAVIER. ¡En este modesto cuarto
vive alegre y resignada
la que debiera habitar
las más espléndidas salas
del más soberbio palacio!
JUAN. Pues por mí que se le hagan.
ARTURO. ¡Todo lo que ves aquí

es producto de sus raras
habilidades!

JUAN. ¡Hola, hola!

JAVIER. ¿Ves esa silla bordada?
Ella la ha hecho.

ARTURO. Ese tapiz
ella, mejor que en la Fábrica.

JAVIER. Esa graciosa cortina,
con tanto gusto acabada,
ella la ha hecho.

ARTURO. Ese canario.

JUAN. ¡Ella le ha hecho! Es una maga
esa niña.

JAVIER. Ese canario
no canta como ella canta.

JUAN. ¡También artista! Ya veo
un piano.

ARTURO. A mi me entusiasma
cuando toca.

JAVIER. Por supuesto,
nada de zarzuelas, nada
de esas groseras canciones
que alegran á la canalla.
Su educación musical
es muy severa, muy clásica.

ARTURO. ¿Y su educación moral?
Su madre es casi una santa.

JUAN. ¿Conque santa? (¡Qué dos memos,
Dios mío! Y esa malvada
burlándose de estos chicos,
que casi están en la infancia.)

ARTURO. Puedes juzgar por tí mismo.
(Van trayendo papeles de música.)

JUAN. ¿A ver? *Estudios*, de Eslava.
Buen principio. *Ave María*,
de Schubert. ¡Bravo! *Sonatas*,
de Mozart. Muy bien. *Jesús*
Nazareno. ¡Que me agrada!
La Mascota. ¡*La Mascota*!

ARTURO. ¡Ah, sí! Una broma, una chanza
de ese.

JAVIER. La traje yo un día.

¡Se puso muy enfadada
la madre!

JUAN. ¡Pues ya lo creo!
¡Una señora tan casta!

JAVIER. Pero es buena, y perdonó
pronto mi barrabasada.
Tiene un carácter bellísimo.
Cuando llegues á tratarla
verás.

JUAN. (¡Como se la han dado
á este par de papanatas!)

JAVIER. ¡Ella se acerca!

ARTURO. ¡Dios mío!

JUAN. ¡Muchacho! ¡Que te desmayas!

ESCENA VII

DICHOS y ÁNGELA

ANGELA. Señores.

ARTURO y JAVIER. ¡La señorita
Angela!

ANGELA. ¡Jesús! ¡Dios mío!

ARTURO. ¡Mi padre!

JAVIER. ¡Mi señor tío!

JUAN. Tengo un placer... (¡Es bonita!)
Quizás no es este el momento
para venir el mejor.

ANGELA. A cualquier hora, señor...
Usted... Tome usted asiento.
Usted... de todas maneras...
Lo mismo yo que mamá...

JUAN. (¡Pero esta muchacha está
emocionada de veras!)

ANGELA. ¡De qué modo me ha mirado! (Bajo á Arturo.)

ARTURO. Calla y tranquilízate, (A Ángela.)
y tú también siéntate.

JUAN. A mi lado.

ARTURO. Anda á su lado. (Bajo.)

JUAN. Aquí, yo se lo suplico.
(Se sienta Angela junto á don Juan. Al lado de Angela, Arturo; y al de don Juan, Javier.)

JAVIER. (Bajo á don Juan.)
Mírala bien.
JUAN. Ya la veo.
JAVIER. ¿Es feo el perfil? (Idem.)
JUAN. No es feo.
JAVIER. ¿Y la voz? (Idem.)
JUAN. (¡Déjame, chico!)
Estos dos, cuando yo en varias (Alto.)
ocasiones me informé
de usted, me han hecho de usté
pinturas extraordinarias.
Ver á usted he deseado
con verdadera impaciencia.
ANGELA. Siempre hay mucha diferencia
de lo vivo á lo pintado.
Si le han dicho que un portento
soy, le han dicho una mentira.
El cariño cuando mira
vé con cristales de aumento.
El que me estudia, no aprecia
en mí nada superior.
Y en esta noche, señor,
he de parecerle necia,
porque encogida, nerviosa
y acobardada le veo,
y por el mismo deseo
de parecerle otra cosa.
Aunque á las veces se olvida
y se cambia de opinión,
es la primera impresión
la que decide en la vida.
¡Y en verdad, triste, fatal,
funesto para mí fuera,
que en esta impresión primera
se impresionase usted mal!
De una impresión favorable
depende la dicha mía.
¡La vida entera daría,
por parecerle agradable!
Por eso estoy asustada;
¡per mi, por él, por los dos!
JUAN. (¡Si esto es comedia, por Dios,

que está bien representada!)

JAVIER. (Bajo á don Juan.)
¿Lo ves? Si la has de querer!
¡La mejor de las mujeres!
¿Lo has visto?

JUAN. (Bajo.) Pero, ¿me quieres
dejar tranquilo, Javier?

JAVIER. (Aún resiste. pero en vano.)

ARTURO. Empiezas bien la conquista. (Bajo á Angela.)

JUAN. Sé que es usted una artista.

ANGELA. Canto un poco y toco el piano,
pero mal, se lo aseguro.
El nos ayuda á pasar
la noche sin bostezar.
Yo me siento, cerca Arturo,
toco el piano, Javier canta,
mamá se ríe al oirnos,
y el canario por seguirnos
se destroza la garganta.
Y yo miro alrededor
y soy feliz, porque digo:
Aquí mi madre, un amigo,
y el que ha elegido mi amor.
Puedo el cariño apreciar
en sus formas diferentes.
Me quieren los tres presentes,
¿qué más puedo desear?
Si hasta hoy pensé de este modo,
ya me juzgo desgraciada,
falta usted en mi velada,
para ser feliz del todo.
Hay en mi casa un vacío.
¡El padre que perdí un día!

JAVIER. (Bajo á don Juan.)
Si no gritas: ¡hija mía!
¡No tienes corazón, tío!

ARTURO. (Bajo á Angela.)
Se conmueve, se enternece.

JAVIER. (¡Calla! Ni siente, ni llora.)

JUAN. (¡Nada; que es encantadora,
ó al menos que lo parece!)

ESCENA VIII

DICHOS; SERAFINA, por la izquierda.

SERAF. Buenas noches.
JUAN (¡Serafina!)
ARTURO. Esta señora...
ANGELA. Mamá.
JUAN. (¡Serafina!)
JAVIER. Mírala.
¡La madre ha sido divina!
ARTURO. (¡Se miran de un modo extraño!)
JUAN. (Al oirla he vuelto en mí.
Pues esa es su madre, aquí
no hay más que farsa y engaño.)
SERAF. (¡De rencor de i dignación,
están esos ojos llenos!)
JAVIER. (La madre le gusta menos
que la chica, con razón.)
JUAN. (Nada de vacilaciones.)
SERAF. (¿Qué es lo que puede pensar?)
JUAN. (A mí me gusta afrontar
con valor las situaciones.)
(Bajo á Javier.)
Dejadme solo: hablaré
con la madre
JAVIER. (Bajo á Arturo) Van á hablarse
á solas.
ARTURO. (Bajo á Angela.) Van á quedarse
los dos solos.
ANGELA. ¿Para qué?
ARTURO. Va á pedirte. (Bajo á Angela.)
ANGELA. ¡Va á pedirme! (Idem á Arturo.)
ARTURO. (Bajo á Javier.)
¿Crees tú que la pedirá?
JAVIER. (Bajo á don Juan.)
¿Vamos á pedirla ya?
JUAN. Pero. ¿quieres no aburrirme? (Bajo á Javier.)
SERAF. Angela, no has enseñado
tus dibujos, ni á Javier,
ni á Arturo; que querrán ver
si has perdido ó si has ganado.

ARTURO. Pinta muy bien.
ANGELA. ¡Yo, por Dios!
SERAF. Pasad á mi cuarto, aquí.
JAVIER. Señora: descanse en mí.
¡Voy de padre de los dos!
¡Oh! yo sé de buena tinta
que á todos nos deja atrás
pintando.
(Bajo á don Juan.) Pídela más.
¡Corta, cose, canta y pinta!
(Salen por la izquierda.)

ESCENA IX

DON JUAN y SERAFINA

SERAF. Su deseo adiviné
y los alejé de aquí.
Acérquese usted á mí
no nos oigan. Siéntese. (Se sientan.)
JUAN. Muchas gracias.
SERAF. Con prudencia
y en voz baja hablar podemos.
JUAN. Es fuerza que celebremos
una larga conferencia.
SERAF. ¡Conferencia larga! Opino
que mucho no ha de durar,
porque yo le pienso ahorrar
una parte del camino,
la mitad de la jornada.
¿Ha venido usted á ver
si soy aquella mujer,
aquella desventurada,
para decirme inflexible:
piensa en los tiempos pasados;
¡entre esos dos desdichados
toda union es imposible!
¿no es esto así?
JUAN. Por mi vida
que acertó cuanto pensé.
Corta la entrevista fué.

Démosla por concluída.

SERAF. ¡Oh! no, todavía, no;
porque yo tengo el deber
sagrado de defender
la hija que el cielo me dió,
y que usted quiere matarme.
La entrevista no ha concluído,
porque usted que es bien nacido,
tiene el deber de escucharme.
Hablaré poco de mí.
Nada le importa á usted hoy
si soy ó si ya no soy
la misma mujer que fuí.
De mi vida, hoy un tormento,
vida que casi ha acabado,
una mitad es pecado
y la otra, remordimiento.
¡El germen de liviandad
que mi vida envenenó,
de mi seno lo arrojó
la santa maternidad!
Que hablemos de ella es mi anhelo,
de esa sencilla criatura
que es tan hermosa y tan pura
cual los ángeles del cielo.
Dios me la quiso mandar
para borrar mis errores,
y es digna de los honores
que usted la quiere negar.
Fuí culpable, yo merezco
el castigo, que ella no.
Soy un obstáculo yo,
don Juan, yo desaparezco.
¡Por no verla padecer
qué sacrificio no haría!
Es de ustedes: ya no es mía.
Juro no volverla á ver.
Ella le quiere, él la adora,
uno para otro han nacido...
De rodillas se lo pido,
¡Llorando!

JUAN. ¡Por Dios, señora!

Si oyen...

Seraf. Tiene usted razón.

Juan. Calma.

Seraf. Tenerla quisiera.

Juan. En verdad, usté exagera
un tanto la situación.
Son dos chiquillos ahora.
Ahora se aman con locura,
pero un mes de ausencia cura
pasión tan abrasadora.
¡Para qué hablar del pasado!
Ahora no se trata de eso,
señora mía, confieso
que yo lo tengo olvidado.
Otro motivo me guía:
mi hermano, mi compañero,
tiene una niña á quien quiero
como si fuera hija mía.
También ella es hechicera,
y también un ángel puro,
y en su prima tiene Arturo
su natural compañera.
Ese es el sueno dorado
de los dos, nuestra ambición,
pues no nos quita esa unión
los seres que hemos amado.
No se pierde un apellido
Pasa á otras generaciones
con las santas tradiciones
de honor, que hemos aprendido.
No es una hija que se entrega,
y se va y desaparece
¡Es la familia que crece
en la casa solariega!
En esto seré inflexible.
Para mí, unidos están
Luisa y Arturo.

Seraf. ¡Don Juan!

Juan. ¡Pide usted un imposible!

Seraf. No pido, suplico.

Juan. Ahora
no es usted, soy yo quien llego

suplicante, el que la ruego
que no se oponga, señora.

Seraf ¡Oponerme! .. Aunque quisiera...
¿cómo?... Con resignación
acepto la explicación,
aunque no es la verdadera
la explicación que me ha dado.
De su situación no abusa.
¡Ni recuerda, ni me acusa!
¡Es un rasgo delicado
que sólo tienen los buenos,
que no olvidaré jamás,
porque se agradece más
cuando se merece menos!
Voy á llamar á los dos.
Se marchan... y yo después...
Cuando la diga que éste es,
que ha sido el último adiós,
¿quién habrá que la convenza?
¡Ella purga mi pecado!
¡Qué lejos lleva el pasado
si es pasado de vergüenza!
(Sale por la izquierda.)

ESCENA X

DON JUAN

Esperaba que me oyese
y que hipócrita llorara
y que después me insultara.
¡Se va resignada! Ese
llanto desconsolador,
¿será verdadero? ¿Quién
puede afirmarlo? ¡También
se falsifica el dolor!
Y en aquel tiempo felíz
en que á todos engañaba,
yo recuerdo que lloraba
como una primera actríz.
Estas purificaciones,

demonio ayer, santa hoy,
¿es esto posible? ¡Estoy
en un mar de confusiones!

ESCENA XI

DON JUAN; ÁNGELA, ARTURO y JAVIER,
por la izquierda.

JAVIER. Ya estamos todos aquí.
ANGELA. Aquí estamos todos ya.
¿Qué es esto? ¿Dice mamá
que se van ustedes?
JUAN. Sí.
Son las diez.
ARTURO. ¡Ay, cómo pasa
el tiempo!
JUAN. Hay que retirarse
que por mí no han de alterarse
las costumbres de la casa.
ANGELA. ¡Está muy serio! (A Arturo, bajo.)
ARTURO. (A Angela.) ¡Dios mío!
¿Qué será?
ANGELA. (A Arturo.) ¿Qué podrá ser?
ARTURO. Está muy serio, Javier. (Bajo á Javier.)
JAVIER. (Bajo á don Juan.)
¿Por qué estás tan serio, tío?
(Don Juan le separa de mal humor.)
ARGELA. (Bajo á Arturo.)
¿Habrán reñido los dos?
ARTURO. ¿Piensas tú que habrán reñido?
(Bajo á Javier.)
JAVIER. (Bajo á don Juan.)
¿Qué te pasa? ¿Habéis concluído
á farolazos?
JUAN. (Impaciente.) ¡Por Dios!
JAVIER. (¡Qué mal templados estamos!)
¿Qué te ha dicho? (Bajo á don Juan.)
JUAN. Déjame. (Bajo.)
Arturo, despídete (Alto.)
de esa señorita; vamos.

JAVIER. (¡Qué desabrido y qué agreste!)
ARTURO. (Dando la mano á Angela.)
¡Adiós, vida de los dos,
Angela de mi alma!
JAVIER. (Dándola la mano.) ¡Adiós,
Ange a del alma... de éste!
JUAN. Señorita, adiós. (Tendiendo la mano.)
ANGELA. Don Juan,
supongo que esta visita
no es la última.
JUAN. (Turbado.) ¡Señorita!
ANGELA. ¿Vendrán los dos?
JAVIER. Sí vendrán.
ANGELA. ¡Cuán de menos le echaré
si no vuelve usted! ¡Sería
tan cruel! Desde hoy pasaría
mal la noche sin usté.
¿Vendrá usted?
JUAN. (Yo dudo y lucho.)
ANGELA. Todos los días un rato,
engendra cariño el trato.
¡Quiero que me trate mucho!
Mañana no será día
de entrevista. Charlaremos,
tocaremos, cantaremos.
¿Verdad que sí?
JUAN. Sí, hija mía.
ARTURO. (¡Bendita sea tu boca!)
(Bajo á Angela.)
¡Hija mía! te ha llamado.
ANGELA. ¡Hija! (Con mucha alegria.)
ARTURO. (Bajo.) ¡Y está emocionado!
JAVIER. (Tendiendo la mano á su tío.)
¡La has llamado hija! ¡Choca!
JUAN. ¡Vaya, vaya, vámonos!
Las diez, que son ya las diez!
ARTURO. (Vuelve á darla la mano.)
¡Adiós, Angela otra vez!
JAVIER. (Le da la mano.)
¡Angela, otra vez adiós!
ARTURO. (Bajo á Angela.)
Tú le vas á conquistar.

JAVIER. ¿Cómo no, siendo tan mona?
JUAN. (Esta niña me impresiona.)
Vamos.
(¡No sé qué pensar!)

(Sálen por el fondo. Javier y Arturo se vuelven para mirarla y tropiezan con don Juan. Salida cómica.)

ESCENA XII

ANGELA

Le he gustado á este señor.
Con cariño me ha mirado,
y, al marcharse, me ha estrechado
la mano con gran calor,
y me oyó con deferencia,
y aun se llegó á sonreir.
¿Qué habrán podido decir
los dos en la conferencia?
Aunque no estuve delante,
lo sé, porque lo adivino.
¡Él habrá estado tán fino
y mamá tan insinuante!
—¡Ah, caballero!—¡Ah, señora!
—Acérquese.—Siéntese.
—Muchas gracias. Tiene usté
una niña encantadora.
—¡Ella encantadora, no!
—Sí; tiene una cara tan...—
(Esto lo dice don Juan,
que no es que lo diga yo.)
—¿Conque en casarlos quedamos?
- Veremos, lo pensaremos.
—¡Cómo! Nada de veremos.
Lo más pronto que podamos.
Enamorados están,
y ya tiempo se perdió.—
(Bueno: esto lo digo yo
si no lo dice don Juan.)
Una escena parecida

entre ambos habrá pasado.
En fin, hoy se ha descifrado
el enigma de mi vida.
¡Ay! me voy á despeinar,
que para mí tarde es,
á darla un beso después,
luégo á dormir y á soñar.
Hoy un sueño delicioso,
sueño de color de rosa.
—¿La quiere usted por esposa?
—¿Le quiere usted por esposo?
—Sí, señor.—Pues no que no.—
Sí, otorgamos; sí, queremos.
¡Qué conformes estaremos
el cura, mi Arturo y yo!
(Sale por la derecha.)

ESCENA XIII

JAVIER y MARTINA; por el fondo, Javier con un ramo de flores.

MART. No hay nadie. Puede usté entrar.
JAVIER. ¿Se habrán dormido?
MART. Por fuerza.
No se las oye. Es su hora.
No pueden venir. No tema.
JAVIER. Les dí á los dos esquinazo.
Recogí de la portera
el ramo que me guardaba,
y aquí estoy con mis violetas.
Mañana es su santo. Quiero
que la señorita vea
que soy, entre sus amigos,
el primero que se acuerda.
Quiero que el primer regalo
mi humilde recuerdo sea;
y como la señorita
con el alba se despierta,
si de noche no le dejo,
de mañana no le encuentra.

¿Dónde le pongo?
MART. El jarrón
debe tener agua fresca.
¡Qué violetas tan bonitas!
JAVIER. La imagen de esa sirena,
toda pureza y perfume,
toda hermosura y modestia.
MART. (Lo que es á este senorito
le gusta de una manera
la señorita, que el otro
señorito es un babieca
si no se me escama.)
JAVIER. ¡Oh! flores
virginales como ella,
que entre sus dedos de rosa
os vais á ver prisioneras,
envuelto en vuestro perfume,
llevadla mis tristes quejas.
En ti deposito un beso.
MART. (¡Anda con Dios, cómo besa!)
JAVIER. Guárdale ¡oh flor! porque una
loca esperanza me alienta.
Si al salir, si al encontrar
mis flores sobre su mesa
se figura que de Arturo
son la delicada ofrenda
y empieza á besarlas todas,
quizás en tí se detenga,
y, unidas nuestras dos bocas,
por única vez se vean.
(Besa las flores y las deja en el jarrón.)
MART. (¡Vaya, que este señorito
no pasaba de la puerta
de mi casa si yo fuese
quien me casara con ella.)
JAVIER. ¿Qué es eso?
(Se oye un campanillazo violento.)
MART. Un campanillazo;
y tiene la mano recia
el que llama.
JAVIER. Ó trae prisa.
MART. Ó malas noticias. ¡Ea!

Voy á abrir.

JAVIER. ¿Quién á estas horas viene?

MART. Nadie, que yo sepa.

(Sale por el fondo.)

ESCENA XIV

JAVIER

Algún vecino sin duda
que se equivocó de puerta.
(Se aproxima al fondo.)
Ya abre Martina. La voz
de un hombre. Esa voz me suena...
¡Mi padre! Martina dice
que es tarde, y él dice que entra,
y habla fuerte. Trae la voz
que usa en los días de gresca.
Si pasa y á tales horas
en esta casa me encuentra,
¿qué va á pensar de los tres?
¡Yo aquí y acostadas ellas!
Yo me escondo. ¡Al cuarto de Angela!
(Corre á la puerta de la derecha.)
¡Atrás, pecador!... Se acercan.
¡Al de la madre!... Tampoco.
(Corre á la puerta de la izquierda.
¡A ese balcón!... No, que hiela
y llueve... ¡Tras la cortina!
¡Si la cortina no llega
al suelo! ¡Desventurado,
se te van á ver las piernas!
¡Vienen!
(Se esconde tras la cortina del balcón: por debajo asoman los piés y parte de las piernas.)
De aquí no me muevo,
suceda lo que suceda.

ESCENA XV

DON PEDRO y MARTINA, por el fondo.

MART. ¡Pero si están descansando!
PEDRO. ¡Sabré yo que no se acuestan
tan temprano! Soy de casa.
Entra á llamarla y no temas
que te riñan. Un señor
la quiere hablar con urgencia.
MART. ¿Qué nombre?
PEDRO. Dí que un pariente
suyo. Quiero sorprenderla.
Un primo, uno que fué primo
suyo.
MART. Voy, ya que se empeña.
(Sale por la izquierda.)

ESCENA XVI

DON PEDRO

Aquí reciben. No está
la decoración mal puesta.
La sala de una familia
pobrecita, pero buena.
No oigo ruido. ¿Estarán solas?
Me ha hecho venir la impaciencia
de mi carácter, temprano.
¡Debí venir á la media
noche, á las dos ó las tres,
cuando esto se encuentre en plena
bacanal! Mi dulce hermano
se habrá venido con medias
palabras y con consejos
y sermones de Cuaresma.
¡Aquí hago falta yo, uno
que la eche por la tremenda,
y que la sepa decir
á la madre cuatro frescas!

ESCENA XVII

MARTINA y DON PEDRO; SERAFINA, por la izquierda.

MART. Este señor.
SERAF. Caballero. .
¡Ah! (Reconociéndole.)
PEDRO. (¡Me conoció! ¡Qué vieja
está! Con esa carátula
ya no darás tú jaquecas.)
Señora: dispense usted
si asuntos que me interesan
me hacen venir á estas horas,
que no sé si son las buenas.
SERAF. Sí, realmente no es costumbre
venir aquí.
PEDRO. ¡Como á esta
casa he tenido costumbre
de entrar sin pedir licencia
de día como de noche!...
SERAF. Pero es bueno que comprenda
que las personas varían
con los años, que se alteran
con los tiempos las costumbres,
y que las gentes discretas
deben proceder según
los tiempos se lo consientan.
PEDRO. (Siempre fué sabionda y fué
camino de la Academia.)
Pues con su permiso ..
SERAF. Ya
que se hizo usted la violencia
de venir, siéntese usted
y diga cuanto desea,
qué ya le escucho á usted. (Se sienta.)
PEDRO. (Siempre
tuvo estos aires de reina
destronada.) Muchas gracias.
Mil gracias. (Hoy por las señas
destronada y muy tronada.)

Mira, Serafina, deja
ese tono circunspecto:
á quitarnos las caretas,
y á decirnos la verdad.
Mi sobrino, una inexperta
criatura...

Seraf. Le advierto á usted
para que lo tome en cuenta,
que hace poco estuvo aquí
á verme don Juan Pereda,
su hermano... creo.

Pedro. También
lo creo yo. Al menos lo era
el año cincuenta y nueve,
cuando iba conmigo á verla
á usted.

Seraf. Parecido objeto
le traía. Sin reservas
se ha tratado la cuestión
en sus fases más diversas
entre los dos, y ha quedado
completamente resuelta.
Si viene á hablar de lo mismo,
puede ahorrarse la molestia.

Pedro. Vengo á lo mismo, y en vano
me quieres atar la lengua.
Si es mi hermano un infelíz,
yo en cambio soy una fiera,
y voy á luchar contigo
hasta arrancarte tu presa.
¡Cómo! ¡Engañar á un muchacho!
¡Llevar á una casa honesta
el luto! ¡No ha de ser tuya
esa fortuna que intentas
robar!

Seraf. ¡Martina!... ¡Martina!
(Levantándose y llamando sin gritar.)
Un momento.

Pedro. Usté es muy dueña.
(Entra Martina.)

Seraf. Se marcha este caballero.
Acompáñale á la puerta.

Buenas noches.
(Saluda y sale por la izquierda.)

PEDRO. (¡También siempre tuvo estas despachaderas!)

ESCENA XVIII

DON PEDRO y MARTINA

PEDRO. (Anda bendita de Dios.
Yo te buscaré las vueltas,
y probaré lo que eres
para que en casa lo sepan.)
Ven, muchacha. A ésta la compro.
Toma... Silencio... Cautela (La da dinero.)

MART. Gracias, señor.

PEDRO. ¿Esta noche,
ha venido alguien? No mientas.
¿Cuándo se han ido los otros,
después de las diez? Contesta.

MART. Aquí.. no (¿Dónde se habrá
metido?) (Mirando á todas partes.)

PEDRO. ¿Por qué te inquietas
y miras á todas partes?

MART. ¡Jesús!
(Repara en los piés de Javier y se echa á reir.)

PEDRO. ¿Qué tienes?

MART. (Riendo.) ¡Qué idea!

PEDRO. (Sigue con la vista á Martina y ve los piés.)
(¡Encontré lo que buscaba!
¡Esos piés!... la Providencia.
¡Le sorprendí y se escondió!
¡Le ha vendido su torpeza!)
¡Muchacha! (Llevándosela al otro extremo.)

MART. ¡Señor!

PEDRO. (¡La compro!)
¡Toma! (La da dinero.)

MART. ¡Mil gracias!

PEDRO. (Bajo.) ¡Prudencia!
¿Quién es ese? (Muy bajo.)

MART. ¡Ese, pues toma,

¡Torbellino!
PEDRO. (Riéndose.) (¡Torbellino! Mote y todo.
¡Será pájaro de cuenta!)
¿Vendrá por la señorita? (Bajo.)
MART. ¿Por quién quiere usted que venga?
PEDRO. (¿No lo dije yo? ¡Qué olfato
el mío! ¡La vida diera
por tener aquí al imbécil
del sobrino y al acémila
del hermano y á mi hijo.
¡Que vea esos piés y aprenda!)

ESCENA XIX

DICHOS y ANGELA

ANGELA. Voy á besar á mamá. (Por la derecha.)
¡Calla!
PEDRO. (¡Qué chica tan bella!)
¿Es la señorita? (Bajo.)
MART. Sí.
PEDRO. Si usted me da su licencia... (A Angela.)
Servidor de usted Ahí
con Torbellino se queda.
ANGELA. ¡Con torbellino! (Sorprendida.)
PEDRO. ¡Silencio! (Bajo á Martina.)
Mañana me abres la puerta.
¡A los piés de usted! (A Angela.)
¡A las dos!
(A Martina bajo.)
(¡Caíste en la ratonera!)
(Sale por el fondo.)

ESCENA XX

ANGELA y JAVIER

ANGELA. ¡Javier aquí! ¡Qué imprudencia!
¡Qué osadía! ¿En dónde?
JAVIER. (Saliendo.) Aquí.

ANGELA. ¡Jesús!
JAVIER. Aquí. Porque así
lo quiso la Providencia.
Escuche usted. No es locura.
¡Tenemos la nube encima!
¡Un peligro se aproxima
y amenaza su ventura!
Mas no me intimida. Estoy
de que le venzo seguro,
¡y usted ha de ser de Arturo,
ó dejo de ser quien soy!
¡Si peligro, le provoco!
¡Si obstáculo, os abro paso!
¡Tú le quieres, yo te caso!
ANGELA. ¡Pobre Javier! ¡Está loco! (Riendo.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

BENITA y GEDEÓN

BENITA. Vamos, hombre, anímate
y alza la vista del suelo
para ponerla en mi cara
alguna vez, porque tengo
más que mirar que la alfombra,
aunque sea de terciopelo.
Cazurro de los demonios.
Si tú no puedes ser bueno,
porque no miras de frente.
GEDEON. ¡Benita!
BENITA. ¡Qué! ¡Majadero!
Si me parece imposible
que una mujer de mi genio
y de mi viveza, se haya
enamorado de un memo
como tú. porque eres tonto,
Gedeón, de nacimiento.
Pero el nacimiento... esa es
la causa de todo esto.

Los dos de Ajofrín... los dos
jugamos desde pequeños
en las eras, y de mozos
bailamos y juntos luégo
á vendimiar y á escardar
y á espigar. ¡Ay! ¡qué recuerdos!
¡Si en viendo un carro de paja
me parece que te veo,
que te veo sobre el carro
muy cerca de mí, volviendo
de la siega, achicharrados
por el sol y tan contentos!
Madrid es Madrid, ¿verdad?
Pero el pueblo es nuestro pueblo
y aunque parezca mentira...

GEDEON. ¡Tira!

BENITA. Tira, ¡ya lo creo!
Y tú también tirarás,
si Dios no pone remedio,
de cualquier cosa.

GEDEON. ¡Benita!

BENITA. ¡Gracias á Dios que me encuentro
con tus ojos! ¡Que los pones
donde deben estar puestos,
en los míos! Es preciso
pensar lo que resolvemos!
Y hay que resolverse pronto
para no perder el tiempo.
¡No me quieres! ¡No me has dicho
que tú me quieres, camueso!

GEDEON. ¡Eso!

BENITA. Entonces á lo otro,
á casarnos. Hay dinero
y hay amor: ¿á qué esperamos?
Algunos ahorrillos tengo
y tú también, y el padrino
nos ha de ayudar. Pondremos
una tienda de vinagre,
aceite, velas y queso.

GEDEON. ¡Eso!

BENITA. Pues habla al padrino.

GEDEON. Yo, no.

BENITA. ¿Qué, le tienes miedo?
GEDEON. Yo, sí.
BENITA. Pues habla á don Juan
GEDEON. Yo, no.
BENITA. Pues estamos frescos.
GEDEON. Habla tú.
BENITA. Yo no debía
hablar; pero estoy temiendo
que si yo callo...
GEDEON. Si callas
tú, me quedo yo soltero.
BENITA. Con este demonio de hombre
están cambiados los frenos.
Él es el que se avergüenza
y yo soy la que me atrevo.

ESCENA II

DICHOS; DON JUAN, por la derecha.

BENITA. El hermano del padrino. (Bajo á Gedeón.)
Esta es la ocasión.
GEDEON. (Bajo.) ¡Silencio!
BENITA. ¡Cómo silencio! A hablar pronto, (Idem.)
y claro, ó ya no te quiero.
Don Juan es un buen señor.
GEDEON. Con éste me atrevo menos.
JUAN. ¿Qué hacéis aquí?
BENITA. Pues Gedeón ..
GEDEON. No, Benita.
BENITA. Es que éste...
GEDEON. Creo
que ésta le quería hablar.
BENITA. Es éste el que...
JUAN. Bueno, bueno.
Cualquiera de los dos. Pronto.
Empieza, Gedeón.
BENITA. Me alegro.
GEDEON Pues el caso es que...
BENITA. ¡Cobarde! (Bajo.)
GEDEON. (¡Cobarde yo! ¡Vas á verlo!) (Idem.)

El caso es que la Benita (Alto.)
se quiere casar.

JUAN. ¿Es cierto
lo que me dicen?

BENITA. ¡Señor!

JUAN. ¿Y quién es el novio?

GEDEON. Eso
que se lo diga á usted ella.
(Sale por el fondo.)

BENITA. (¡Animal!)

JUAN. ¡Gedeón!

GEDEON. ¡Vuelvo!

BENITA. (Y yo le quiero á ese bruto.
No señor: ya le aborrezco.)

JUAN. ¿Conque casaça?

BENITA. ¡Casarme
yo, don Juan! ¡En eso pienso!
¡Lo que yo quiero es ser monja!
¡Que me lleven á un convento!
¡Yo quiero ser capuchina!
¡Yo quiero tomar el velo!
(Sale por el fondo.)

ESCENA III

DON JUAN

No he podido conciliar
en toda la noche el sueño.
De las escenas de anoche
el incesante recuerdo
me persigue y no me deja
descanso No sé qué siento
aquí, en el fondo del alma.
Es un dolor, es un dejo
amargo, es algo que me dice:
has sido injusto y pequeño.

ESCENA IV

DON JUAN; DON PEDRO, por la derecha.

JUAN. Pedro, me alegro que vengas
PEDRO. Te buscaba con empeño
de que charlemos un rato.
JUAN. Me adivinaste el deseo.
PEDRO. Desde anoche no te he visto,
y es hora de que cambiemos
impresiones.
JUAN. Vas á oir
mi confidencia.
PEDRO. Sentémonos.
¿Fuiste á la casa?
JUAN. Allá fuí
decidido y mal dispuesto.
Entré con cara de juez
en la sala; mas su aspecto
me impresionó. Casa humilde,
interior pobre y modesto;
pero todo reluciente,
todo alegre, todo viejo,
pareciendo nuevo en fuerza
de cuidados y de ingenio
La casa del que trabaja,
casa de pobre y de bueno;
no la morada del vicio,
que vive del desarreglo.
Angela entró y acabé
de desarrugar el ceño.
Cara graciosa, maneras
distinguidas, lindo cuerpo,
voz dulce, palabra fácil
y en todo su rostro un sello
de simpático candor
y de agradable despejo.
La presencia de la madre
volvió á encender mis recelos.
A solas con ella un rato
volví á ser el juez severo.

La quité toda esperanza.
Estuve firme y enérgico.
Me oyó en silencio: ni gritos,
ni ayes, ni ataques de nervios,
ni comedias, ni insolencias,
ni fingi los lloriqueos.
Humildad, resignación,
dulzura Me despidieron
cariñosas y salí
de aquella casa diciendo:
¿es un ángel ó un demonio?
¿es verdad ó fingimiento?
¿Soy un malvado, obro bien,
soy cruel ó soy justiciero?
Si la niña es inocente
porque lo ha querido el cielo,
de las culpas de la madre,
¿por que en la niña me vengo?

Pedro. ¡Já, já, já! Genio y figura...
Tiene razón el proverbio.
Te oigo y me muero de risa.
El de siempre, el sempiterno
romántico. ¡Pero qué
romanticismo tan memo,
tan sentimental, tan cursi,
tan impropio de estos tiempos!
Ve una señora y saluda
alzando un poco el sombrero;
mas si la dama no es dama,
el saludo es hasta el suelo.

Juan. Saludo en unas el nombre
honrado, el vivir honesto,
y en las otras la desgracia;
todo es digno de respeto.
¡Esas pobres criaturas
que tan abajo cayeron,
viven entre groserías
y entre malos tratamientos,
y prefieren un saludo
á un puñado de dinero!

Pedro. En fin, que á los veinticinco
muy cumplidos te la dieron,

y que te la han vuelto á dar
cuando tienes grís el pelo.
A mí no. La conocí
entonces. Cuando tú ciego
no veias, y hoy incauto
que tampoco ves yo veo.
Habrás estado con e la
cortés y caballeresco.
Yo no, chico, la he tratado
con muy poco miramiento.

JUAN. ¿Pero tú la has visto?

PEDRO. Anoche.
Ya te expliqué mi proyecto.
Hasta las diez os reciben.
A las diez os echan, ¡luego
á esa casa hay que ir después
de las diez!

JUAN. Ya.

PEDRO. Dicho y hecho.
Os dejé marchar. Salí
detrás. Me di unos paseos.
Dieron las diez. Llegué allá
y me dije: aquí me cuelo.
Me ha recibido muy digna,
como de costumbre, haciendo
frases largas y buscando
muchas palabras de efecto,
muy retórica y poética.
Yo la contesté al momento
sin sintaxis ni gramática,
pero muy claro y muy fresco

JUAN. ¿Estaban solas?

PEDRO. No, hombre.
Estaba el otro, el tercero,
el que entra cuando se marcha
Arturo.

JUAN. ¡Qué estoy oyendo!

PEDRO. ¡Estás oyendo, que eres
un solemne majadero!
Entré, compré á la criada
y me descubrió el enredo.
La niña tiene un amante,

ó dos, uno por lo menos.
Torbellino.

JUAN. ¡Torbellino!

PEDRO. Ya sabes tú que ese género
de mujeres, tiene mucho
afán de buscar defectos
y poner motes. Recuerda
que nos llamaban en tiempos,
á ti manitas de plata
y á mi patitas de perro.
Allí estaba Torbellino.
Le adiviné desde luégo,
tras una mala cortina
que apenas llegaba al suelo.
¡Allí estaba preparado
el matón, el baratero
de la casa, si me escurro
y me propaso, hace un gesto
Serafina, y sale él,
y me rebana el pescuezo,
es decir, eso está en duda,
que yo sé dónde me meto,
y yo llevaba aquí un
revólver de reglamento,
y si el tío me amenaza
con la navaja, le meto
las seis cápsulas seguidas
en el mismísimo hueso
frontal, y lo dejo frío
antes que me deje seco!

JUAN. ¡Qué infamia! ¡Qué liviandad!
¡Qué monstruos; y yo tan crédulo!

PEDRO. Yo no. ¡Yo tengo un olfato
como el del mejor sabueso!
¡Ea! A proceder con brío
y á dejarse de lamentos.
Llamamos á ese muchacho
y planteamos sin rodeos
la cuestión.

JUAN. ¡Qué desengaño!

PEDRO. El sufrirá; mas el médico
con mano firme en la llaga

debe aplicar el cauterio.

JUAN. Hablaremos de las dos
en general. No citemos
nombres.

PEDRO. Sí.

JUAN. Para evitar
un choque, un disgusto.

PEDRO. Bueno.
Llamaremos al criado
para que avise.

JUAN. Te advierto
que tu hijo estaba en la casa;
es visita, compañero
de Arturo, y admirador
de Angela.

PEDRO. Le llamaremos
también... y de una pedrada
dos pájaros.

JUAN. Pues á ello.
(Llama á un timbre: entra Gedeón.)
Que vengan los señoritos.
(Sale Gedeón.)

PEDRO. Mira, si aún dudas, yo puedo
darte una prueba completa.
Si quieres, las sorprendemos
esta noche. Allá á las tres
nos vamos. Abre el sereno,
que ya está hablado, y la chica,
que prevenida la tengo,
y entramos. Estoy seguro
que tienen sala de juego.
¡Engañarme Serafina!
¡Si cuando ella va yo vuelvo!

ESCENA V

DON JUAN y DON PEDRO; ARTURO y JAVIER,
por la segunda de la izquierda.

ARTURO. ¿Me llamabas?

JUAN. Pasa, sí.

JAVIER. ¿A los dos?
PEDRO. A tí también.
JUAN. Siéntate á mi lado.
PEDRO. Ven
y siéntate junto á mí.
JUAN. (Procedamos con prudencia.)
PEDRO. (Se nos van á alborotar.)
(Se sientan los cuatro.)
JUAN. Tenemos que celebrar
los cuatro una conferencia.
Vamos con serenidad,
sin prejuicios ni pasión,
á tratar una cuestión
de la mayor gravedad.
Tú tranquilo y yo sereno.
Aquí no hay padres ni hay tíos;
aquí somos, hijos míos,
sólo cuatro amigos.
ARTURO. Bueno.
JUAN. Con nosotros os igualo,
mi autoridad deponiendo.
PEDRO. Para empezar, recomiendo
á todos la calma.
JAVIER. (Malo.)
JUAN. Lo que te voy á decir
me lo aconseja el cariño.
¿Qué eres hoy, Arturo? Un niño
que ahora principia á vivir.
Aún andas perdiendo el tino,
mas tu padre va mirando
delante de tí, y quitando
peligros de tu camino.
Hoy con profundo temor
veo delante de tí
uno muy grande.
ARTURO. ¿Cuál? ¿Dí?
¿Dónde el peligro?
JUAN. Tu amor.
ARTURO. ¡Mi amor!
JUAN. Sí, Arturo. Es horrible
decir á un enamorado:
¡Esa unión en que has soñado

es imposible!

ARTURO. ¡Imposible! (Levantándose.)

JAVIER. ¿Qué dices?

(Poniéndose en pié repentinamente.)

ARTURO. Esto es soñar.
¡Que mía no ha de llamarse!

JUAN. ¡No!

JAVIER. ¡Que no puede casarse!

PEDRO. ¡Que no se puede casar!

ARTURO. Padre mío, ¡yo protesto
de ese peligro soñado!
Al principio has renunciado
tu autoridad. No hay en esto,
por lo tanto, imposición.
No dices: esto ha de ser
porque sí. Quiero saber
la razón.

JAVIER. Sí, la razón.

(Con mucha vehemencia.)

Queremos que nos la deis,
queremos explicaciones,
queremos satisfacciones.
¡Sí!

PEDRO. ¡Queremos que os sentéis!

(Se sientan Arturo y Javier.)

JUAN. Cuando me decido á hablar,
razones he de tener.
Tú las deseas saber.
Yo no te las puedo dar.
Porque al darte mis razones
quiere la negra fortuna
que desgarre una por una
tus más dulces ilusiones.
Y horrible angustia me da,
aunque el bien tuyo me guía,
herir un alma tan mía,
que me está doliendo ya.

JAVIER. ¡Qué negro presentimiento!

JUAN. (Procedamos poco á poco.)

PEDRO. Juan, le vas á volver loco
con ese lúgubre acento,
con esa voz de campana.

¿Crees tú que se va á morir?
¡Bah! yo os lo voy á decir
de la manera más llana
y breve. ¿Qué es esto? dices.
Que ambos por el mundo vais,
y que ya de hombres la echáis,
y que sois dos infelices
del género candoroso.
Os han visto, os han llamado,
y á ambos os han engañado
del modo más lastimoso.
A nuestra edad, lo corriente...
En suma, la verdad plena,
que esa familia no es buena,
que esa casa no es decente,
y que allí se concertó
entre las dos vuestra ruina,
y que es mala Serafina
y Angela...

ARTURO. ¡Eso, no! (Con mucho fuego.)
JAVIER. ¡Eso, no! (Idem.)
ARTURO. ¡Angela es pura!
JAVIER. ¡Inocente!
ARTURO. ¡Candorosa!
JAVIER. ¡Angelical!
ARTURO. ¡El que dice de ella mal,
injuria!
JAVIER. ¡Calumnia!
ARTURO. ¡Miente!
JUAN. ¡Cómo! ¡Cuidado conmigo!
(Se levanta furioso.)
PEDRO. ¡El trasto se me atrevió! (Idem.)
JUAN. ¡Injuriar! ¡Lo digo yo!
PEDRO. ¡Mentir! ¡Soy yo quien lo digo!
JUAN. ¡Soy yo, su padre de usté!
PEDRO. Su padre de usted, ¿estamos?
JAVIER. Pero, bueno, ¿en qué quedamos?
(Con mucha calma.)
¿Somos amigos, ó qué?
Antes hemos convenido
en ser cuatro amigos.
JUAN. No.

Yo vuelvo á ser padre.

PEDRO. Y yo.

JUAN. La discusión ha concluído.
Quise ser blando y humano.
Me insultan: ya no soy bueno.
Ahora mando y ahora ordeno.
Ahora soy padre y tirano,
que no exhorta, que conmina.
Yo no puedo consentir
que mi hijo se llegue á unir
á la hija de Serafina.
Esa mujer impudente
de un pasado corrompido.
¡Tan pecadora, que ha sido
escándalo de la gente!

ARTURO. ¡No lo creo; no, por Dios!

JAVIER. Mira, vamos á dejar
á la madre. ¡A pelear
por la chica!

ARTURO. ¡Por las dos!
¡Con fe, con valor, con brío!
¡Se engaña quien lo asegura!
¡No ha podido ser impura
la madre del ángel mío!
No; jamás, con impureza
miraron provocativos
aquellos ojos, aún vivos,
que hoy miran con tal tristeza.

JUAN. El público...

ARTURO. Se engañó
el público.

PEDRO. Fué una estrella
en sus tiempos.

ARTURO. Era bella,
y la calumnia la hirió.

JUAN. Más de uno pasó contento
á su lado horas dichosas
de amor.

ARTURO. En cuestión de hermosas
llega uno y se a aban ciento.

PEDRO. Ese es el número... ¡cien!

ARTURO. ¡Ilusión!

PEDRO. ¡Cómo ilusión!
Si ha tenido amores con. .
JAVIER. ¿Con quién?
PEDRO. ¡Qué sé yo con quién!
JAVIER. ¡Ah! ¡no sabes! ¡La malvada
calumnia! ¡Se arrastra! ¡Miente!
Si se la ataca de frente,
¿qué es lo que contesta? Nada.
Este... aquél... el otro.. ciento.
Se dice... Se cuenta .. En suma.
¡Aire que lleva una pluma!
¡Ese es todo el fundamento!
¡Que nos den pruebas, y así
sólo nos convenceremos!
ARTURO. ¡Pruebas!
JAVIER. ¡Un nombre queremos!
JUAN. ¿Un nombre?
PEDRO. ¿Un nombre?
ARTURO. Sí.
JAVIER. Sí.
JUAN. (Llevándose á un lado á Arturo.)
(Esa mujer, hijo mío..)
PEDRO. (Llevándose aparte á Javier.)
¡Esa mujer corrompida!... (Bajo.)
JUAN. Tuvo amores (Idem.)
PEDRO. Fué querida. (Idem.)
JUAN. Con tu tío.
PEDRO. De tu tío. (Idem.)
JAVIER. ¿Pero es posible?
PEDRO. Así fué. (Idem.)
ARTURO. ¿Cierto es?
JUAN. Por cierto lo dan.
PEDRO. (¡Te he sacrificado, Juan!) (Bajo.)
JUAN. (¡Pedro, te sacrifiqué!) (Idem.)
JAVIER. Arturo, yo insisto. Ten
filosofía. Dejemos
á la madre.
ARTURO. No debemos...
JUAN. Dejad á la hija también.
ARTURO. ¡A esa nunca, á esa mi amor
no la abandona! Hoy comprendo
su desgracia y la defiendo

con más fe, con más valor.
¡Si voló sobre su cuna
el genio impuro del mal,
aún su frente virginal
no se manchó por fortuna!
¿Cuáles son esas teorías?
¿Qué moral se os enseñó?
¡Ante quién respondo yo
de culpas que no son mías!
Cuando el mundo gima y tema
en la duda y la agonía,
al saber que llegó el día
de la justicia suprema,
no nos veremos sentados
tú y yo á un tiempo en el banquillo,
no irán juntos al platillo
tus faltas y mis pecados.
Antes tu culpa y tu pena,
yo luégo: ¡esa es la equidad!
¡Ni me salva tu bondad,
ni tu maldad me condena!

PEDRO. ¡Bravo! ¡Discurso acabado!
¡Inimitable elocuencia!
¿Y las leyes de la herencia,
dónde te las has dejado?
Se transmite el mal y el bien
lo mismo que la moneda,
y el tubérculo se hereda
y la liviandad también.
De la charca repugnante,
¿qué nace? el miasma homicida,
y cada cosa en la vida
engendra su semejante.
Va en la sangre del sujeto,
la bondad ó la maldad.

JAVIER. ¡Eso tampoco es verdad!
(Con mucho fuego. Movimiento en don Pedro.)
Dicho con todo respeto.
¡Del barro el hombre salió
y tiene vida inmortal,
y de tí, un hombre formal
y serio, desciendo yo!

La larva más repugnante
se transforma en mariposa,
y la noche tenebrosa
engendra la luz brillante.
La alegría del dolor
nace: la paz de la guerra.
¡Extiende sobre su tierra
estiércol el labrador,
y de aquello que es del mundo
animal, residuo infesto,
de aquel desperdicio y resto
tan fétido como inmundo,
á la luz de la mañana
nace espléndido tesoro:
entre las espigas de oro
las amapolas de grana!

JUAN. Ea, basta de sermones,
que el tiempo estamos perdiendo.
Nos estamos extendiendo
en necias disquisiciones.
Me cansé de discutir
y ahora me toca mandar.
Es preciso renunciar,
porque no he de consentir.

ARTURO. ¡Qué desgraciada es mi suerte!

JUAN. Yo por tu bien te aconsejo.

ARTURO. ¡No, padre, yo no te dejo
hasta lograr convencerte!

(Sale don Juan por la derecha, y detrás Arturo.)

ESCENA VI

DON PEDRO y JAVIER

PEDRO. ¡Jesús, Jesús qué chiquillos!
¡Qué discursos, qué teorías!
Esto ha sido una academia,
no una reunión de familia.
¡El demonio que discuta
con estos ateneistas!
¡Ay, mi cabeza! Ya tengo
que tomar la antipirina.

Pero, en fin, el resultado
de tantas filosofías,
es que el chico no se casa
á pesar de la magnífica
defensa de este abogado,
que lo es de causas perdidas

JAVIER. Pues mejor. Si yo me alegro;
si es cosa definitiva.

PEDRO. Vamos, menos mal. Comprendes
que era una gran tontería.

JAVIER. ¡No es por eso: es porque si él
no se casa con la chica,
me caso yo!

PEDRO. ¡Que te casas
tú!

JAVIER. Sí. Pero en seguida.
Y yo no ando por las ramas.
Cojo á la muchacha un dia,
y á la iglesia; y cuando el cura
se vuelve y dice: *ite misa
est*, yo me arrodillo
y la grito: ¡esposa mia!
¿Quieres? ¿Otorgas? ¿Recibes?
Sí, sí, sí. Boda concluída.
Casados. Señor don Juan,
hay contra las tiranías
de los padres, leyes sabias
y justas. Soy por mi dicha
menor. Que me depositen
en casa de alguna amiga.
¡Angela! Tú llevarás
un nombre; que tú eres digna
de un hombre honrado, porque eres
virgen, santa, pura y limpia!
Este conflicto no es nuevo,
se ha presentado en la vida
mil veces; pero aquí no
va á resolverse á la antigua
usanza: la madre demente;
la hija que se sacrifica
y el convento que sus puertas
abre á la triste novicia

A la moderna, con boda.
Será suya ó será mía.

PEDRO. Hombre, en lugar de enfadarme
me estoy muriendo de risa.
Eres tonto de remate.

JAVIER. ¿Yo?

PEDRO. Desde la coronilla
á los piés. ¡Oh, veinte años!
¡Edad que todos envidian!
Edad del pavo. ¡Qué bien
en ti se personifica!
¡Qué bien los llevas!

JAVIER. Mil gracias.

PEDRO. Vamos, ven. Toma una silla;
ven á charlar.

JAVIER. (Se sientan.) ¿Como amigos,
otra vez? (Con sorna.)

PEDRO. Con la más íntima
confianza. Conque, según
me dicen, ¿también visitas
tú aquella casa?

JAVIER. Es verdad.

PEDRO. Y te gusta algo la niña.

JAVIER. ¡Un ángel!

PEDRO. ¡Cuánto me alegro!
Vas hasta las diez. Muy finas
os despiden á las diez,
y tú entonces te retiras.

JAVIER. ¡Es claro!

PEDRO. ¿Y ellas?

JAVIER. Se quedan,
se acuestan, y hasta otro día.

PEDRO. Y allí ya nadie. (Burlándose)

JAVIER. ¡Ya nadie!

PEDRO. ¡Hombre, parece mentira
que seas tan inocente!
¡Qué chicos! Cuando te ibas
llegué anoche. Eran las once
cuando entré.

JAVIER. ¡Tú! No sabía...

PEDRO. Oye hasta el final.

JAVIER. Escucho.

PEDRO. Yo conocí á Serafina
en otro tiempo.

JAVIER. Adelante.

PEDRO. Me recibió sorprendida
porque la hora... ¡Ella asustarse
de la hora! ¡Qué hipocresía!
A mí nunca me engañó.
Siempre tuve buena vista
y descubrí el gatuperio
que ocultarme pretendía.
¡Ah, infelíz! ¡Ah, pobre iluso!

JAVIER. Por bajo de una cortina
asomaban unos piés.

PEDRO. ¿Cómo?

JAVIER. Que no se movían;
pero que te delataban
la presencia masculina
de un hombre, y como eran dos,
á las dos comprometían.

PEDRO. ¿Qué dices?

JAVIER. ¡Oh, edad del pavo!

PEDRO. A ver, á ver, si me explicas...

JAVIER. ¡Veinte años! ¡Qué bien los llevo!
¡Edad de la tontería!

PEDRO. Javier... ¿Cómo sabes tú?...
Es preciso que me digas...

JAVIER. Yo, que soy tonto, me callo.
Tú que eres sabio, adivina.

ESCENA VII

DICHOS, BENITA y GEDEON

GEDEON. ¿Se puede entrar? (Desde el fondo.)

PEDRO. No se puede.

JAVIER. Entrad, yo doy por concluída
la conferencia.

PEDRO. ¿Qué es ello?

GEDEON. Pues nada; que la Benita
me dice: díle al señor
lo que me has dicho; que él diga

lo que ha de decir acerca
de lo que tú me decías.

BENITA. Como es usted mi padrino,
es natural que le pida
permiso para casarme.

PEDRO. ¿Tú casarte? No en mis días.
¡En mi casa no se casa
ya nadie! Y ojalá siga
el mundo entero este ejemplo.
Y antes de un siglo se extinga
por siempre la raza humana,
que es una raza maldita!
(Sale por la derecha.)

BENITA. ¿Qué le hemos hecho al señor?
¡Ay, Dios mío de mi vida!

GEDEON. ¿Lo ves? ¡Hemos fastidiado
á la raza humana!

JAVIER. ¡Chica!
¡Muchacho! Venid aquí.
¿A tí te gusta este quidam?

BENITA. *Quidam*, y dígalo usted.
Le quiero, aunque no debía
quererle.

JAVIER. ¿Y á tí esta moza?

GEDEON. La quiero para costilla,
dicho sin faltar.

JAVIER. ¡Muchachos,
yo os llevo á la Vicaría!
¡Yo os caso!

BENITA. ¿Usted?

GEDEON. ¡Señorito!

JAVIER. ¡Yo! Cuando me desafían
soy una fiera. Dejadme,
y no paséis más fatigas.
(Salen por el fondo.)

ESCENA VIII

JAVIER; ARTURO, por la derecha.

JAVIER. ¿No le has convencido?

ARTURO. No.

Con todo, en mi compañía
es otro hombre. Le convenzo
á ratos... duda... vacila.
Aquí, el mayor enemigo
de mi amor y de mi dicha,
es tu padre.

Javier. Sí, mi padre.
A más, hay otra enemiga:
la madre de ella.

Arturo. ¡Javier!

Javier. Perdóname. No querría
ofenderte, pero tengo
dudas.

Arturo. No me mortifican
á mí Las negras sospechas,
que son tan solo malicias,
con que tu padre y el mío
pretenden manchar su vida,
no han arrancado de mi alma,
hacia aquella pobrecita
anciana, el santo cariño
que siento como sentía.
Ha podido ser culpable,
traidora, liviana, indigna;
mas hoy el remor timiento
y el dolor la purifican,
que Dios quiso redimir
á las mujeres caídas.
Lleno está el cielo, Javier,
de gente *non sancta*. Dimas
era un ladrón; cortesana
la hermosa Santa María
Egipciaca; Saulo, hereje;
aficionado á la timba,
San Franco. Ayer pecadora,
hoy es mártir Serafina
Viene de abajo, del fango;
¡más mérito estar arriba!

Javier. ¡Bravo! ¡Así piensan los buenos!
¡Así pienso yo! Y si á Luisa
la preguntas, sostendrá
también la misma doctrina.

¿Por qué? Porque somos jóvenes.
¡La vejéz es egoísta,
es cruel, y nunca disculpa;
y en cuanto puede, castiga!
En la juventud está
el amor, la poesía
y el noble desinterés.
¡Ella, la leal amiga
del desvalido, del pobre
y de la mujer caída!
¡Oh! ¡Benditos veinte años,
bien van en mi compañía,
y que Dios me los conserve
á mí por toda la vida!
¡Bah! no dudes. Yo te caso.
Un juramento me obliga.
Te caso, ó volamos todos
con la nitroglicerina.

ARTURO. ¿Por qué perderla? En el mundo,
¡qué infamias y qué injusticias!

ESCENA IX

DIDHOS; LUISA, por la primera de la izquierda.

LUISA. ¿Pero qué sucede aquí?
Mi hermano habla solo, grita,
se pasea. El pobre Arturo
acongojado suspira,
y oculta con el pañuelo
el rostro. ¿Alguna noticia
desagradable?

JAVIER. No es nada.
La guerra civil y el cisma
en casa. Los dos tiranos
contra Arturo se coaligan.
¡No se casa!

LUISA. ¡No se casa!
¡Cómo! ¿Es cierto?

JAVIER. ¡Pobre! ¡Mira!
¿Lo dudas? ¿No ves que llora?

Ama con idolatría,
y es muy capáz de morirse,
aunque yo no lo permita.

LUISA. ¡Arturo!

ARTURO. ¡Luisa del alma!

LUISA. Bien sabe Dios que daría
por verte feliz la sangre
de mis venas.

ARTURO. ¡Pobre prima!

LUISA. Mas, ¿qué ha pasado? ¿Qué causa?

JAVIER. Pues la madre .. ¡habladurías!
Parece que la conducta
de la madre susodicha
no fué en los tiempos pasados
ni correcta, ni castiza.
Én fin, misterios que no
deben decirse á las niñas.

LUISA. ¿Qué podemos hacer?

ARTURO. Nada.

JAVIER. ¡Cómo nada! ¿Tú te achicas?
¡Y tú eres hombre, y tú quieres!...
¡Cómo! ¡Amor y cobardía!
Yo tengo un plan: escuchadme.
Mi padre es el que domina
á tu padre, el enemigo
mayor de aquella familia.
Cogemos á don Juan solos.
Tú lloras y tú suplicas,
y yo pronuncio discursos,
y los dos le hacéis caricias,
y yo me enfado, y los tres
nos ponemos de rodillas.
En fin, le volvemos loco.
¡Silencio! ¡Aquí se aproxima!
Yo en esta puerta vigilo;
aunque me rompa la crisma
si llega mi padre, cierro.
¡Valor!... ¡A las baterías!
¡Austerlizt ó Waterloo!
¡La batalla decisiva!

ESCENA X

DICHOS; DÓN JUAN, por la derecha, muy pensativo.

JUAN. (En cuanto me dejan solo
vuelvo otra vez á mis dudas,
y me atormenta el recuerdo
de aquella dulce criatura.)
(Luisa se acerca; Arturo permanece lejos: Javier se coloca á la puerta de la derecha.)

LUISA. ¡Mi querido tío!

JUAN. ¡Luisa!

LUISA. Ven.

JAVIER. (Empieza ya la lucha.)

LUISA. Siéntate aquí. ¿Qué te pasa?
¡Estás triste! Disimulas
tu dolor: pero en el alma
tienes mucha pena, mucha.

JUAN. No, Luisa...

LUISA. Yo sé el por qué.
Tú no deseas que sufra
tu hijo y sufre por tu causa.
¡Antes lloraba como una
mujer!

JUAN. ¡Lloraba!

LUISA. ¿Por qué
te opones á su ventura?
Has hablado á esa mujer
que una pasión tan profunda
le ha inspirado. ¿Es antipática,
es repulsiva, es adusta?

JUAN. Al contrario: encantadora,
ahora que él no nos escucha.
Hay en ella algo que atrae,
que fascina, que subyuga.
Dulzura en aquellos ojos,
que como soles alumbran,
pureza en aquella frente
y en aquella voz ternura.

JAVIER. (Viniendo cerca de don Juan.)
La chica es buena, creedme
á mí. Tu tío se ofusca.

Es buena.

ARTURO. (Acercándose.) ¡Angela, un ángel!
El que lo niega, la insulta.

JAVIER. No seas tonto: si á tu padre
la chica también le gusta.

ARTURO. ¡La pobre madre!...

LUISA. ¿Es la madre
el obstáculo?

JAVIER. ¡Tontuna!
¿Qué obstáculo? ¿Dónde está?
Si esa señora no dura
dos meses.

ARTURO. ¡Pero Javier!

JAVIER. ¡Si tiene un pié ya en la tumba!

ARTURO. Hombre, ¡por Dios! Con razón
al escuchar tus locuras
la pobre Angela te llama
Torbellino.

JUAN. ¡Qué!

JAVIER. Y me gusta
la palabra, porque soy
un ciclón.

JUAN. Atiende, escucha!
¿Tú estabas anoche allí?

JAVIER. Y en ocasión oportuna.
Cuando penetró mi padre.
Ya conoces la aventura. (A Arturo.)
Mi padre me adivinó
tras la cortina Se oculta,
dijo. ¡Es un amante!

ARTURO. ¡Allí
no hay amantes!

JAVIER. ¡Son calumnias!
Déjame: guarda la puerta.
(Corre Arturo á la puerta que guarda Javier y Javier al sitio que ocupa Arturo. En el camino se tropiezan.)
Esta es la gran coyuntura.
Óyeme, querido tío.
A mí las gentes me injurian:
dicen que hablo por los codos
y á todos vuelvo tarumba,

y no es cierto. Escucha y dí
si son teorías absurdas
las que te voy á explanar,
ó razonables y justas.
¿Tú declaras á los hijos
responsables de las culpas
de los padres?

LUISA. Qué han de ser
responsables

JUAN. ¡Eso, nunca!

JAVIER. Bueno: este chico es muy joven.
No hemos de hacer la locura
de casarle ahora. Te tomas
un año, dos, más. Preguntas
acerca de ellas, indagas,
ves á la chica, la estudias,
la examinas, la analizas,
y si la chica resulta
inocente, irresponsable
por tanto de agenas culpas,
nos das aquí tu palabra
solemne de hacerla suya,
y á la madre una pensión,
y una casita muy cuca
muy lejos, en Almería,
ó en Huelva, ó en la Coruña.
¿Digo disparates?

JUAN. No.

ARTURO. (Duda.)

JAVIER. (Piensa.)

LUISA. (Capitula.)

ARTURO. ¡Padre, es mi dicha!

LUISA. ¡Es su dicha!

JAVIER. ¡Es su vida!

LUISA. ¡Es su ventura!

JAVIER. ¡Guarda la puerta! (A Arturo.)

ARTURO. ¡Mi tío!

JAVIER. (¡Ahora sí que me excomulga!)

ESCENA XI

DICHOS y DON PEDRO

JUAN. Al fin me habéis convencido.
PEDRO. (¿Le han convencido? ¿Qué es esto?)
JUAN. Acepto el plazo propuesto.
Un año. Está convenido.
Volveré á ver á esa hermosa.
Piensa en tus dichas futuras.
Si es cierto lo que aseguras,
Angela será tu esposa.
PEDRO. ¡Cómo!
JUAN. ¡Calla! No te oiré.
PEDRO. ¡A tu hermano! ¡Bueno fuera!
JUAN. La que vale es la primera
impresión.
PEDRO. Escúchame.
JUAN. No puedo.
PEDRO. Fatal error.
JUAN. Error el tuyo será.
PEDRO. ¿Y Torbellino?
JUAN. Ahí está
Torbellino.
JAVIER. Servidor.
PEDRO. ¿Quién? ¿Tú? ¡Cómo!
ARTURO. (Abrazándole.) ¡Padre!
JUAN. ¡Aquí!
(Juan sale por la derecha.)
ARTURO. ¡Luisa mía! (Abrazándola.)
LUISA. ¡Primo mío!
ARTURO. ¡Javier de mi vida! (Abrazándole.)
(Se dirige á su tío con los brazos abiertos.) ¡Tío!
PEDRO. ¡Eh! No me abraces á mí.
ARTURO. ¡Por fin nos hemos salvado!
¡La dicha nos ilumina!
Voy corriendo. ¡Serafina!
¡Angela! (Sale por el fondo.)
JAVIER. ¡Los he casado!
(Con mucho entusiasmo.)

ESCENA XII

DON PEDRO, LUISA, JAVIER, BENITA y GEDEÓN

PEDRO. ¡Los casaste! ¡Hermosa acción
que lloraremos un día!
Vaya, haz otra tontería.

JAVIER. Voy. ¡Benita! ¡Gedeón!
(Llamando desde el foro.)

PEDRO. ¡Chico!

JAVIER. ¡Aquí la casa toda!

PEDRO ¿Qué es eso?

JAVIER. Otro desatino.
(Benita y Gedeón por el fondo.)

BENITA. Señor.

JAVIER. Benita, el padrino
consiente al fin en tu boda!

PEDRO. ¡Yo!

JAVIER. ¡Consiente alborozado
y te da su bendición
y te dota!

BENITA. ¡Gedeón!

GEDEON. ¡Benita! (Abrazándose.)

JAVIER. ¡Los he casado! (Con mucho entusiasmo.)
(Salen por el fondo.)

ESCENA XIII

DON PEDRO, LUISA y JAVIER

PEDRO. (Abrazándola.)
¡Luisa mía, ven aquí!
¡Abracémonos los dos!
¡Si luché, bien sabe Dios
que sólo luché por ti!
Dí. ¿Qué has hecho?

JAVIER. Mi deber.
Darle mi dicha y mi dama

PEDRO. ¡Pero y Luisa que le ama! (Bajo.)

JAVIER. ¡Luisa!
PEDRO. ¡Sí!
LUISA. (¡Cómo ha de ser!
Adiós, por última vez,
ilusión desvanecida!)
PEDRO. (¡Adiós, sueño de mi vida,
la dicha de mi vejéz!)
JAVIER. (¡Adiós, mujer seductora!
¡Yo mismo te echo en sus brazos;
pero el alma hecha pedazos
aún repite que la adora!)
¿Ves? Yo la adoro y los caso.
Luisa le quiere y serena,
ni le odia ni le condena.
¿Es esto locura acaso?
¡Esto es, señor pesimista,
nobleza de corazón,
juventud!
PEDRO. ¡Tienes razón!
Yo soy viejo y egoísta.
¡Oh! juventud, de lo hermoso
y lo divino destello,
capáz de todo lo bello,
lo grande y lo generoso.
¡Juventud! ¡Edad florida!
¿Por qué tan pronto te vas,
y por qué no vuelves más,
primavera de la vida?
(Cae el telón.)

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Cara y cruz, juguete cómico en un acto y en verso.
El sexo débil, juguete cómico en un acto y en verso.
El único ejemplar, comedia en un acto y en verso.
Abogacía de pobres, juguete cómico en un acto y en verso
Servir para algo, comedia en un acto y en verso.
El número tres, comedia en tres actos y en verso.
Vanitas vanitatum, comedia en tres actos y en verso.
Echar la llave, comedia en un acto y en verso.
Haz bien..., comedia en tres actos y en verso.
Para una coqueta un viejo, comedia en dos actos y en verso.
Inocencia..., comedia en tres actos y en verso.
Al Santo, al Santo! apropósito cómico en dos actos y en verso.
Contra viento y marea, comedia en tres actos y en verso.
Como se empieza, comedia en un acto y en verso.
Una comedia y un drama, comedia en dos actos y en verso.
Como las golondrinas, comedia en tres actos y en verso.
Champagne frappé, juguete cómico en un acto y en verso.
Ni la paciencia de Job, comedia en tres actos y en verso.
El octavo, no mentir, comedia en tres actos y en verso.
La fuerza de un niño, comedia en tres actos y en verso.
Escurrir el bulto, comedia en un acto y en verso.
Por fuera y por dentro, comedia en dos actos y en verso.
La buena raza, comedia en tres actos y en verso.
Malditos números! comedia en tres actos y en verso.
Enseñar al que no sabe, comedia en tres actos y en verso.
La elocuencia del silencio, comedia en tres actos y en verso.
Sin familia, comedia en tres actos y en verso.
De todo un poco, revista en un acto, con el Sr. Vital Aza.
El otro, comedia en tres actos y en verso.
Un año más, revista en un acto, con el Sr. Vital Aza.
¿Perez ó Lopez? comedia en tres actos y en verso.
Pobre María! monólogo en un acto y en verso.
En plena luna de miel, comedia en un acto y en verso.
Sin solucion, comedia en tres actos y en verso.
Pension de demoiselles, humorada en un acto con el Sr. Vital Aza.

Caerse de un nido, comedia en acto y en verso.
Boda y bautizo, sainete, con el Sr. Vital Aza.
En primera clase, comedia en tres actos y en verso.
Un viaje á Suiza, arreglo en tres actos con el Sr. Vital Aza.
La mano derecha, juguete en un acto y en verso.
Los demonios en el cuerpo, comedia en un acto y en verso.
Vivir en grande, comedia en tres actos y en verso.
La lista grande, comedia en un acto y en verso.
El día del sacrificio, juguete en un acto y en verso.
Meterse á redentor, comedia en tres actos y en verso.
Manzanilla y dinamita, comedia en un acto y en verso.
Viva España! sainete en un acto, en prosa y verso.
El enemigo, comedia en tres actos y en verso.
Los hugonotes, comedia en dos actos y en verso.
Entre parientes, comedia en un acto y en verso.
La sopa de almendra, apropósito en un acto y en verso.
Viajeros de ultramar, comedia en dos actos y en verso
La vieja ley, comedia en tres actos y en verso.
¿Me conoces? juguete cómico en un acto y en verso.
El tren del botijo, comedia en dos actos y en verso.
En casa de la modista, juguete cómico en un acto y en verso
La niña mimada, comedia en tres actos y en verso.
La credencial, comedia en tres actos y en verso.
El sereno de mi calle, juguete cómico en un acto y en verso.
La señá Francisca, comedia en dos actos y en verso.
La Revista, zarzuela en un acto, original y en verso, música del maestro Caballero.
Los hijos de Elena, juguete cómico en dos actos y en verso.
Abogar contra sí mismo, comedia en tres actos y en verso.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.